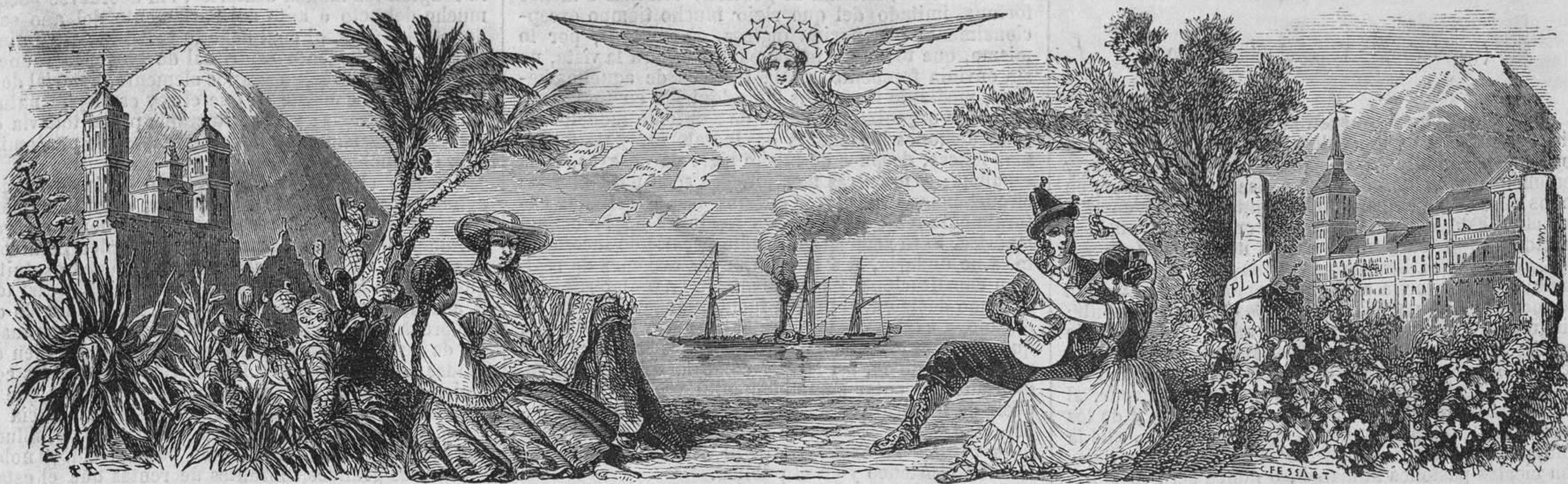


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XXXIX.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 31. — N° 991.

SUMARIO.

—

Don Pedro II, emperador del Brasil; grabado. — **Discurso del señor Cánovas del Castillo, en el Ateneo de Madrid.** — **Un viaje de vieja, por Manuel Concha;** grabados. — **Teatro de los Bufos Parisienses;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Poesias.** — **1870 - 1871;** grabados. — **¿Qué hará de ello?** — **Los frios en Paris;** grabados. — **Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens.** — **Francia pintoresca;** grabados.

D. Pedro II

DE ALCÁNTARA,

EMPERADOR DEL BRASIL.

Don Pedro II, hijo de Don Pedro de Braganza y Borbon, y de la archiduquesa Leopoldina, emperatriz de los franceses, nació en Rio-Janeiro el 2 de diciembre de 1825. Ocho meses antes, Don Pedro I, sacudiendo el yugo de una Cámara hostil á todo progreso, dió el golpe de Estado al que debe el Brasil la Constitucion que hoy le rige. Un movimiento que hubo en Rio-Janeiro el 7 de agosto de 1830, sirvió de pretexto al emperador para abdicar en favor de su hijo. D. Pedro I sabia que la profunda adhesion del pueblo del Brasil á su dinastía sabria resguardar de todo ataque el trono de su hijo; y si abandonó tan fácilmente el poder, fué porque deseaba volver á poner la corona de Portugal en la cabeza de su hija Doña Maria, injustamente desposeida por Don Miguel. Sabido es que alcanzó su objeto, al cabo de una serie de combates y de aventuras que recuerdan los bellos tiempos de la caballería.

Declarado mayor el 23 de julio de 1840, Don Pedro II tenia quince años, cuando tomó el poder supremo. La disolucion de las Cámaras produjo motines en muchas provincias; mas el general Caxias, de quien hemos tenido ocasion de hablar con motivo de

la guerra del Paraguay, aniquiló para siempre las esperanzas de los partidarios de la República federal, con la victoria de Santa Lucia.

Desde aquella época don Pedro II ha vivido en paz con sus súbditos. Fiel observador de la Constitucion jurada, y el primero constantemente en las reformas liberales, ha sabido dotar al Brasil de un gobierno tal, que el pais confunde en el mismo amor las instituciones y el soberano.

Don Pedro II pertenece al corto número de príncipes que son instruidos y liberales. Mediante una des-

centralizacion inteligente, deja á los consejos y á los gobiernos de provincia la solucion de todos los asuntos que no entrañan un interés general. En el curso de su reinado ha sabido resolver con gran habilidad cuestiones internacionales muy árduas, sobre todo con los Estados Unidos, y ha hecho los mas laudables esfuerzos por desarrollar la prosperidad comercial del Brasil y su influencia en la América del Sur. La reciente guerra del Paraguay ha demostrado por la moderacion del vencedor, que no era hija de una vulgar ambicion, sino una consecuencia forzosa de la justa apreciacion de la dignidad y de los legítimos intereses del Brasil.

Pedro II se casó el 30 de mayo de 1843 con la princesa doña Teresa Cristina Maria, hermana del rey de Nápoles, y de esta union nacieron dos príncipes, que murieron en la cuna, y dos princesas, de las cuales la primogénita, princesa imperial, heredera de la corona, está casada con el conde de Eu, hijo mayor del duque de Nemours. Sabido es que el príncipe de Joinville se casó en 1843 con doña Francisca de Braganza, hermana de Don Pedro; por manera que los lazos que unen á la familia imperial del Brasil con la de Orleans no podrian ser mas estrechos.

La venida á Francia del emperador del Brasil se explica por sí misma, y ha recibido la acogida simpática que se debe al príncipe ilustrado y al aliado de una familia francesa.

Don Pedro es de alta estatura, y su robustez aumenta el carácter afable de su fisonomía; tiene de su madre el tipo setentrional, como todos los príncipes de la casa austriaca que reinaron en España y que ha inmortalizado el pincel de Velazquez. Todas las personas que han tenido el honor de hablar al emperador se deshacen en elogios sobre su benevolencia y sencillez de maneras.

Es muy instruido, y habla de todo con saber y gracia; hace mucho tiempo ya que M. Carlos Reybaud decia de él: «Es una cabeza enciclopédica que ciñe una corona.»

A. DE L.



Don Pedro II, emperador del Brasil |

Discurso

PRONUNCIADO POR EL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO EL DIA 25 DE NOVIEMBRE DE 1874, EN EL ATENEOS CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID, CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS.

(Conclusion.—Véase el número 990.)

¿Por ventura no reconocen la psicología y la fisiología, aunque con desigual desarrollo, idénticos elementos de pensamiento y de acción entre los hombres, y fenómenos de voluntad, ó sean deseos y pasiones, en todos ellos semejantes, é igualmente reales y enérgicos en el estado de miseria que en la abundancia ó la riqueza? Y cuando las puras necesidades de todos pudieran satisfacerse, ¿quién habría de poder también contentar la envidia, la ambición, la avaricia de todos? ¡Ah! no, señores; confesémoslo altamente; ninguno de los problemas tremendos y actualmente prácticos, por desgracia, que examino, puede resolverse empíricamente. Harto lo demostró ya, y sirva á muchos de ejemplo, el célebre conde de Cavour, al tratar precisamente de las ideas comunistas y de los medios de combatirlas. Dice él, por una parte, que la refutación seria y científica de las utopías que halagan ciertas pasiones humanas, ó nunca será escuchada por las muchedumbres, ó la desdeñarán soberanamente, aunque la escuchan; y limitase por otra á proponer como remedio, que, sin perjuicio de difundir hasta donde sea posible y no mas, las buenas doctrinas, se atienda sobre todo á propagar los sentimientos de mútua benevolencia entre los hombres, y entre los ricos y los pobres especialmente (1). ¡Triste y desengañado remedio á la verdad, para tan docto economista y encarecido político!

Mas no hay que extrañarlo, señores, porque ninguna ciencia hará inviolable la propiedad y la familia, como ya he dicho, prescindiendo primero de la religión, y contentándose luego con una impotente apariencia de Estado. Por eso es por lo que me he detenido tanto á tratar aquí de Dios y del Estado; por eso es por lo que no vacilo en decir ahora, con el convencimiento mas leal y mas hondo, que el orden social podría desde ahora darse por destruido, un poco antes ó un poco despues, reemplazándolo en lo venidero un género de barbarie, todavía no enteramente ensayado en la historia, si fuera imposible que entre todos acertásemos á restablecer, tarde ó temprano, cierto número de verdades fundamentales; que podemos también llamar verdades-madres, puesto que llevan en su seno la vida moral del hombre. Como ellas hubieran realmente muerto, ó pudieran morir, bien pronto este, destituido de ser moral, justificaria, sin duda alguna, las mas atrevidas hipótesis de esos zoólogos ingenuos que disputan ya á moralistas y metafísicos el conocimiento y la dirección de la historia.

Y las verdades-madres preciso es buscarlas en la Teodicea y en el estudio real de la asociación humana, orgánicamente representada por el Estado, el cual, como es harto mas fácil de restaurar que la fe donde una vez falta, parece hoy destinado á quedar por última áncora de las naciones naufragas. Obedeciendo, si no á sus normales y naturales y concretas funciones, á la ley suprema de la salud, que basta el instinto para enseñar á todos los seres vivientes, el Estado tendrá que salvar á la larga á los individuos; ó, para decirlo con mas exactitud, los individuos mismos buscarán desalados y ciegos su salvación en el Estado, cuando ya les falta el aliento para seguir nadando en el mar de la anarquía. Ora informe al Estado de su espíritu la teoría de Sthal, fundada en la soberanía divina, realizada por la historia, segun la cual se atribuye sentido ético, absoluto y sustancial á la monarquía, no carácter utilitario y puramente formal; ora sea la que lo informe la nobilísima doctrina de Frantz, que juzgando ineficaz y vano el misticismo de Sthal, tan solo porque no ha bastado á estorbar la reciente política revolucionaria de la Prusia, pretende sustituirla con otra exclusivamente fundada ya en observaciones y leyes naturales; ora sea la que lo informe, por fin, el conocido y vulgarizado sistema de Ahrens, dentro del cual fija límites confusos y ocasionados á todo error el humano bien necesario al derecho libre: lo que acaso hoy mas le importa al mundo es que viva el Estado robusta vida. Porque mientras esto acontece, señores, será posible al menos esperar mejores días en que, renovando la humanidad su fe y rejuveneciendo su espíritu, tome otra vez y siga segura el triunfal camino en que parece que hoy quiere hacer alto.

Y siendo tal y tan grande el lugar que ocupa y debe ocupar el Estado entre las cosas humanas, ¿cuán natural no es que nos importen mucho todavía las varias formas que recibe, de las que puede en tanto grado depender su eficacia? Así como en los siglos medios por donde quiera constituían el organismo del Estado, una monarquía débil y limitada; una indisciplina y

poderosa oligarquía y unos municipios alternativa-mente serviles ó anárquicos, cardinales elementos que en union con la Iglesia formaron los Estados generales, Parlamentos ó Cortes de reinos de aquel tiempo, y así como desde la reforma hasta la primera revolución francesa reasumieron casi en todas partes los monarcas el poder y la representación del Estado, tiene hoy ya este por ordinaria construcción la monarquía constitucional; sistema de gobierno con mas ó menos fortuna, imitado del que rigió mucho tiempo excepcionalmente á la nación inglesa. Forzoso es, por lo mismo, que todas las naciones fijen ahora la vista, no sin envidia frecuente, en la historia de aquellos hechos, mediante los cuales ha adquirido en Inglaterra el Estado organización capaz de servir de modelo. De estas nociones imitadoras de Inglaterra, y no de las mas felices, despues de medio siglo de ensayos, es la española; y mientras mas difíciles sean para ella las circunstancias, con mayor empeño ha de estudiar naturalmente los documentos y lecciones de la comun maestra. Pero semejante estudio pecaría de incompleto, á no dudarlo, si á la par que los orígenes de régimen constitucional y parlamentario en Inglaterra, que es como decir en su propia fuente, no se hubieran indagado y explicado también la forma y método con que desde el principio hubo que aplicarlo en nuestra patria. Por dicha, así lo uno como lo otro, se ha comenzado á ejecutar cumplidamente; y nada tengo que decir de la curiosidad y el afán que las lecciones sobre la *Libertad política en Inglaterra*, y sobre la *historia política de España de 1820 á 1823*, han despertado en el Ateneo y en el público.

Permitidme, señores, que me pare aun á tratar con algun espacio de Inglaterra, pues bien lo merece. Si hubiera de conservar ella perpétuamente el estado social y político que hoy alcanza, con sus lunares y todo, no hay duda que debería ser reputado su sistema, no ya por el mejor de los que al presente se practican, sino por dechado y arquetipo de gobiernos humanos. Todas cuantas calidades la atribuían los tratadistas teóricos de los últimos años del pasado y primeros del presente siglo con menos exactitud que entusiasmo, poséelas ya hoy realmente la Constitución británica. No era verdad todavía cuando acá en el continente se nos daba ya por cierto que gozaran los ingleses de verdadera libertad de imprenta ni de sincera tolerancia religiosa; ni lo era que contuviesen sus Cámaras la representación genuina de la nación; ni lo era que sus principes se contentasen con reinar sin gobernar, realizando así el ideal tipo de los monarcas constitucionales. Hoy es cuando eso es pura verdad en Inglaterra; mas solo Dios sabe si lo será por mucho tiempo.

Era la Inglaterra muy poco desemejante, en su constitución de los siglos medios, á las demás grandes naciones continentales; pero al cabo fué mas afortunada que ninguna; parte porque encerrada en sí misma, no ofreció nunca á sus poderosos terratenientes el porvenir de externas grandezas que, por ejemplo, les abrió España en Italia ó Flandes, apartando su atención de las cosas interiores, parte porque no llegó á haber allí dias sangrientos como los de Villalar, que abriesen profundo y perpétuo abismo entre el interés de los caballeros y el interés popular ó de los concejos; parte, por razones de temperamento y de raza que estoy yo, como sabeis, muy lejos de tener en poco, aunque no las considere suficientes para explicar todo en la historia. Lo cierto es que aquella nación poseyó en gran parte la libertad política, cuando ya las otras naciones no la sospechaban siquiera; y que es al presente como el emporio de la civilización, considerada bajo sus mejores aspectos y sus mas apacibles formas. Debiera, cual ya he indicado, hacer alto donde está hoy la Inglaterra, porque es imposible que mejore su bienestar y aumente en realidad su fortuna; pero no puede, antes bien, arrastrada, á pesar suyo, por la corriente general de la especie humana, camina mas ó menos rápidamente, como caminamos todos hácia la región tenebrosa de lo desconocido. No hay publicista inglés que no presente que el actual equilibrio de su constitución es insostenible, y la bienandanza de su nobilísima patria, transitoria; y con efecto, los síntomas de descomposición próxima saltan ya á la vista por todas partes.

La república disfrazada, que allí se llama monarquía, propende sin duda alguna á quitarse la máscara; y hora por hora pierde también allí terreno y fuerza la oligarquía, mas bien que noviliaria, propietaria, que ha dado por dos siglos tan firme asiento al poder público. Livianamente arrollada y aun insultada ya está, en su representación mas alta, por el poder del Gabinete, véase á la par crecientemente combatida por la imprevisora democracia industrial y comercial, que imagina marchar en todas partes hácia la libertad absoluta, siendo así que donde se dirige á agigantados pasos, es al comunismo, en los propios sofismas de ella emboscado.

Y tened en cuenta, señores, que si hemos de creer á uno de los mas modernos, y para mí de los mas profundos publicistas ingleses (1), la monarquía es todavía en la Gran Bretaña un poder moderador y respetado, porque en gran manera participa del carácter religioso que fácilmente toman las cosas antiguas; y que

si las masas del pueblo se creen allí en conciencia obligadas á obedecer á la reina, apenas tienen idea de que igual obligación las ligue con las leyes, por sí solas, y privadas de la protección real. Por una de esas faltas de lógica que hacen la desesperación de los filósofos, y suelen hacer con eso y todo la felicidad de los pueblos, la inmensa mayoría de los súbditos ingleses imagina que sus reyes reinan por la gracia de Dios, y que la religión les manda acatarlos, sin acordarse poco ni mucho del acto ó auto del Parlamento del año sexto de la reina Ana, al cual debe su trono la actual dinastía. A este elemento espiritual de gobierno reúne la monarquía inglesa un grande elemento material de influencia, que consiste en que el rey es el jefe natural de la aristocracia; y la aristocracia posee todavía dos medios eficacísimos, é intrasplantables de predominio sobre el pueblo.

Consiste el primero en el estado de la propiedad, aglomerada, sustituable ó vinculada, difícilísimamente trasmisible, y por consecuencia, permanente y verdaderamente orgánica dentro de aquel orden político; y el segundo en el sistema de las funciones gratuitas, que entrega la justicia, en su generalidad, y casi toda la administración pública á los ricos, dividiendo con recíproca ventaja material y aun moral á la gran mayoría de los ciudadanos ingleses en dos clases bien definidas: la gobernante y la gobernada. Con tales condiciones en la monarquía y en la aristocracia, que no sin razón pudiera mas bien llamarse plutocracia inglesa, y con los otros eficacísimos medios de influencia que, sin hablar de la ley de pobres, dan á nobles y ricos los grandes sobrantes de rentas que el estado de prosperidad del país les proporciona, pudieran allí aplazarse mucho todavía los temerosos conflictos que ya en otras partes promueven los deseos imposibles del proletariado actual.

Pero la marca del sufragio sube, y sube, en Inglaterra también constantemente. Y el día en que de verdad cambie el poder de manos, pasando por completo de las de los ricos á las de los que nada poseen; el día en que la envidiable excepción que donde quiera constituye la riqueza no esté mantenida por una fuerza política igualmente excepcional y predominante en el organismo constitucional, proporcionada á la importancia de la excepción misma y á la intensidad de la envidia que ya en el proletariado excita; el día en que poniéndose de moda la retribución de los cargos públicos deje de haber, cual hay ahora, con sentimiento comun y utilidad general, segun he dicho, una clase gobernada y otra gobernante, por heredada y adquirida sabiduría previsora, prudente, conservadora; el día, por fin, en que la especie de superstición monárquica que tanto ayuda allí todavía á la espontánea obediencia se desvanezca ó considerablemente se aminore por el creciente y maléfico contagio de las ideas continentales, la Inglaterra pasará también amargas horas, como las ha pasado otras veces.

Porque las razas, señores, producen distintas aptitudes é inclinaciones sin duda; pero ni la diferencia de aptitud, ni la de inclinación entre los hombres pasan de cierto límite, por lo cual son todos los hombres capaces de unas cosas mismas, antes ó despues, y en mayor ó menor grado. Tan verdad es esto, que la Inglaterra del siglo XVII, teatro de una gran perturbación religiosa, social y política, ofrece muy grandes semejanzas en cosas y en hombres, no solo con la Francia de 1789 á 1793, sino aun con la España de 1820 á 1823; bien que la revolución fuera entre nosotros mas mansa, y por consiguiente, menos trágica y mas cómica que las dos que le sirvieron de precedentes. Cómica revolución llamo á la española, porque, como aquí se ha expuesto ingeniosamente y doctamente, careció en todo de vigor y grandeza; no porque dejase de costar abundante sangre y llanto á los honrados é inexpertos varones que la iniciaron. Y no os admire, señores, que con solo estas palabras, pase adelante y no me pare á analizarla, ni menos á juzgarla concretamente; pues el tiempo me fata, de una parte, y de otra, estoy siendo yo ahora sobrado actor en la política práctica de España, para que no convenga al Ateneo que la deje aquí á un lado, hasta en sus raíces ó precedentes históricos.

Fuera larguísima tarea, impropia é irrealizable en un discurso, la de exponer con algun detenimiento la respectiva importancia de todos y cada uno de los cursos seguidos, durante el último invierno. Al hacerme cargo mas singularmente de algunos, no he entendido en verdad preferirlos á otros, ni en importancia absoluta, ni mucho menos en mérito. Si todos no lo han tenido igual (porque la igualdad es esencialmente imposible entre los hombres y entre sus obras), honran todos ellos al Ateneo, y todos sin excepción son dignos de aprecio y de aplauso. No hay para qué establecer semejantes preferencias, sin duda alguna; mas en todo caso, no sería á mí, sino al Ateneo entero y al público á quien competencia establecerlas. Mi intento ha sido, por tanto, señalar solo el especial interés que ciertas materias despiertan aquí hoy por su íntima conexión con las actuales preocupaciones del espíritu humano.

Mas hay ciertamente otras materias de antiguo y permanente interés que ahora también lo conservan grande, como la *Filosofía de la historia* ó los *Estados económicos*, en general; y las lecciones sobre *Cristo y la civilización*, y sobre el *Origen y antigüedad del hombre*; asunto este último muy próximamente relacionado con las mas oscuras cuestiones contemporáneas. Los estudios de grave y profunda erudición y alta crí-

(1) Ouvrages politiques et économiques, par le comte Camille Benso de Cavour.—Coni—1855.—Des idées communistes et des moyens d'en combattre le développement.

(1) La *Constitution anglaise*, por W. Bagehot; Paris, 1869.—Traducción de una obra novísima, dedicada por el autor mismo al público francés.

tica han merecido aquí igualmente singular atención en el pasado año, durante el cual se explicaron sabiamente la historia social, civil, política y religiosa de los judíos de España y Portugal, la literaria de los árabes españoles y la de la elocuencia cristiana en los primeros tiempos, y continuaron poniéndose al vulgar alcance las oraciones políticas del mayor, sin duda, de los oradores helénicos. La moderna, realización de una empresa acometida en los primeros días de la historia, y nunca del todo abandonada, aunque muchos reputasen su completa realización quimérica, y ya comprendereis, señores, que me refiero á la apertura del istmo de Suez, ha ofrecido también este año interesante asunto á las nocturnas conferencias del Ateneo, habiéndolo tomado á su cargo varias ilustradas personas que han estado en el canal y en Egipto, y alguna que, sin estar, parece que ha estado. Las noticias y observaciones históricas, literarias, artísticas, por un lado, y por otro geológicas, botánicas, zoológicas, económicas, en fin, y comerciales, con tal ocasión expuestas en esta cátedra, han sido tantas y de tal precio, que por sí solas bastarían para dar estimación á un año académico, en cualquiera otro establecimiento científico.

El Egipto, verdadero centro de la historia antigua, y que acaso esté también destinado á serlo de la lejana historia futura, puerta un día del Oriente civilizado para penetrar en la Europa bárbara, y puerta ahora de la sabia Europa para introducir su activo y fecundo espíritu en el inmóvil y hoy seco Oriente, ha sido concienzudamente estudiado bajo todos conceptos; y lo ha sido aquí por vez primera en España: que nosotros, distraídos en discordias continuas, solemos prestar escasa atención á las cosas extrañas mas interesantes, si están un tanto apartadas ó requieren laboriosas investigaciones. Pero en realidad, señores, que la excepción que se ha hecho la merecía el Egipto, cuya historia remotísima, cuya topografía, cuyos monumentos forman parte integrante de la propia patria en todos los países cultos. No pertenece el Sinaí propia y únicamente á los confines de Asia y Africa, ni corresponde solo Moisés á los anales egipcios. Y hoy mismo, en los nuevos veneros de riqueza que abre el canal de Suez para el Egipto, á todas las naciones civilizadas, ha de caberles también parte, por mas que les corresponda al fin mucha mayor que á las otras, á las que, tristes y desalentadas ahora, pueblan, como España puebla, las hermosas riberas del Mediterráneo.

Por último, señores, el estudio de las lenguas italiana, francesa, inglesa, alemana, sanskrita, de la contabilidad general y de la taquigrafía, utilísimos elementos de actividad, de trabajo, de universal progreso, ha sido también facilitado al público este año con su asiduidad y generosidad habituales por los dignos profesores del Ateneo. ¿Pueden demostrarse con mayor evidencia que está todo esto demostrado, las ventajas de una asociación libre, cuando por entero se halla consagrado al bien, como la nuestra, y no abriga otra aspiración que la de realizarlo?

Pues si hiciere falta con tal propósito juntar algo á la sencilla y por sí sola elocuente relación de nuestras tareas profesoras, todavía podremos añadir que no toda la vida intelectual del Ateneo está encerrada en estas cátedras, sino que se manifiesta con igual energía en sus secciones, los debates de las cuales carecen por nuestro reglamento de carácter público. Solo esta prescripción, oportuna y justísima, impide que me extienda también algún tanto acerca de la importancia y utilidad de los temas discutidos durante el año anterior; pero la verdad es, señores, que para que una y otra se adivinen basta apuntarlos.

¿Acaso hay nadie que ignore el sumo interés que actualmente encierra la determinación de los caracteres distintivos de las razas latina y germánica, de las causas de su oposición histórica y del verdadero influjo y efectos de la idea católica en la latina? ¿Cabe que haya quien desconozca tampoco la conveniencia, no ya solo de explicar en la cátedra, sino de discutir y esclarecer también en las secciones la por su índole primordial cuestión del origen, naturaleza y antigüedad del hombre? ¿Ni quién, por último, ha de negar ya á estas horas que urge estudiar profundamente la transformación que ha sufrido la propiedad inmueble á poder de las revoluciones modernas, si es ó no conforme transformación semejante al ideal del derecho y la influencia que ella ha de ejercer en el porvenir de las clases menesterosas? Las secciones, pues, al discutir con profundidad tales temas, llenaron cumplidamente el objeto de su institución reglamentaria, mostrándose dignas de ser hermanas de las públicas cátedras del Ateneo, así como estas, por su parte, han dejado satisfechos los deseos y esperanzas del antiguo y perseverante establecimiento que las sustenta.

Y voy á concluir, señores, porque sobradamente he dilatado ya este discurso; mas no ha de ser sin rogáros á todos, profesores, socios y asistentes á este salón, que no contentos con los timbres hasta aquí ganados, redobleis, si posible es, la atención y los esfuerzos, así en el inmediato como en los cursos sucesivos.

Precisamente ahora, cual siempre que sobrevienen grandes contrastes de ideas y permanente antagonismo y confusión en los hechos, comienza á apoderarse de muchos, con fines contradictorios sin duda alguna, el deseo de las rápidas satisfacciones que á toda convicción, mala ó buena, ofrece la fuerza. No ya solo los ánimos por genial índole, ó por adquirido fanatismo

inquietos, sino aquellos otros ordinariamente bien hallados y pacíficos, que prefieren el reposo á todo lo demás del universo, en gran parte esperan, apetece y mas ó menos calladamente solicitan, ora del poder orgánico del Estado, ora del indisciplinado poder de sus elementos individuales, alguna de aquellas sentencias, por de pronto al menos inapelables, con que suele la fuerza cortar los enmarañados nudos de la historia. Y, en verdad, que no pienso especialmente en España, sino tanto ó mas en las demás naciones latinas y algunas otras del mundo que se les asemejan, cuando anuncio este hecho latente.

Tal vez recordeis, señores, haberme oído ya decir, que no soy yo de aquellos que desconocen todo bien intrínseco en las obras de la fuerza; antes, por el contrario, opino que, á la larga, suelen providencialmente concertarse la fuerza y el derecho en su concepto mas puro; y que á facilitar y realizar este concierto felicísimo deben privilegiadamente dedicarse cuantos medios y recursos posea la ciencia. Por de contado, que quien dice aquí fuerza, no dice solo fuerza material, brutal, sino aquel conjunto de elementos morales y físicos que, combinados, producen bastante impulso para cambiar ó neutralizar los espontáneos movimientos sociales. Pero de todas suertes, señores, lo cierto es que no siempre se pone inmediatamente de parte del derecho la fuerza, ni cabe evitar los abusos á que su ejercicio se presta. Por eso quizá sea la principal misión del arte, y aun de la misma ciencia política, el enseñar á domesticar y dirigir la fuerza, de manera que nunca ó casi nunca abandone al derecho; y que si de él se aparta á las veces, por irresistible imperio de las circunstancias, cuanto antes vuelva á su seno, renovando incesantemente una alianza, no tan solo justa, sino indispensable.

Por eso, asimismo, es tan cierto que el cultivo de todas las ciencias en general, y singularmente de las morales y sociales, donde recoge su inspiración la política práctica, conviene y urge cual nunca en los períodos de historia, que, ó ya se rigen, ó parecen próximos á ser regidos por la soberanía de la fuerza. Únicamente el imparcial, concienzudo y tranquilo estudio de los problemas sociales, en toda su profundidad y extensión, á favor de las esperanzas de progreso pacífico que engendra, puede poner algún dique en ocasiones tales, á la desatada corriente que arrastra al hombre á olvidar el derecho por el poder, buscando en la sola eficacia del segundo el bien común; y ese estudio mismo, puede evitar también que, si ha de desatar al cabo los nudos la fuerza, quede por poco ó mucho tiempo entregada á la dirección del error y del mal.

Los hombres que en el difícil comercio de las ideas hemos empleado y gastado ya lo mejor de la vida, no sin dolor naturalmente, ó vemos ó tememos ver llegar esos días tormentosos en que recogen ellas el vuelo, y se retiran y esconden, para dejar á la fuerza libre el campo. No hay que olvidar, sin embargo, que las ideas que tengan virtud propia, porque sean destellos de la verdad absoluta y eterna, permanecerán vivas; y que tarde ó temprano, han de imponerse á los acontecimientos, por terribles ó por oscuros que sean. Estudiemos, señores, no nos faltará una satisfacción dulcísima, ni siempre, ni en todas partes lograda en estos tiempos difíciles: la satisfacción de hacer algún bien positivo. Que aquí al fin y al cabo, nunca han de ser de todo punto ociosos nuestros esfuerzos, ni enteramente estériles nuestros sacrificios, ni perdidas todas las horas que al placer y al sueño robamos, para consagrarlas con desinterés á la humanidad y á la patria. He dicho.

Un viaje de vieja.

Perú, departamento de Junín.

APUNTES DE CARTERA

POR MANUEL CONCHA.

(Continuación.)

Al acercarse la noche, cuando aun el sol no ha desaparecido del horizonte, ya una intensa penumbra reina bajo estas espesas bóvedas de verdura, y entonces principia otro concierto y otra escena distinta, aunque del mismo género, formada por los gritos de los monos y aves nocturnas, por insectos de otras especies, y aun por las grandes arañas que tienden sus redes traidoras bajo los árboles de tupidos follajes y voluminosas hojas, para guarecerse de las lluvias.

En una de estas redes vimos plumas de picaflor; se nos ocurrió que bien podrían estos repugnantes insectos saciar su voracidad con estas diminutas avecitas, y aunque buscamos prolijamente hasta alguna distancia la osamenta, no pudimos encontrarlas. Las telas de estas arañas son tan fuertes, que en algunas

provincias los cholos las recogen y tejen con ellas colchas que son muy estimadas (1).

Las mariposas nocturnas, que rozan el rostro del viajero con sus aterciopeladas alas, y las luciérnagas con sus intermitentes y fosfóricas luces, pueblan el aire.

Conocimos tres especies de insectos de luz: la que acabamos de mencionar, otra igualmente alada pero de forma distinta, que se cree muy venenosa, pues su picada causa una erupción cutánea, que si se descuida invade todo el cuerpo con mucha rapidez y ocasiona una muerte pronta y terrible; la tercera no es alada, y la luz que despide por dos ojos elípticos colocados en la parte posterior de la cabeza, es permanente y mas intensa que la de las otras.

Todo esto contribuye á que la Montaña, al principiar el crepúsculo de la tarde, aparezca á los ojos del viajero como una región encantada y fantástica.

Aunque no son escasos los insectos nocivos y venenosos, los mosquitos de agudas picadas abundan, como igualmente las hormigas, de las que se cuentan muchas especies. Unas forman sus poblaciones en la extremidad inferior de un bejuco perpendicular, allí conducen tierra y forman una bola de figura de pera invertida, cuya entrada está por la parte mas delgada. ¡Desgraciado del imprudente que rompiera alguna de estas aéreas colmenas! Al instante se vería atacado por millares de insectos que lo mortificarían sin piedad y no le abandonarían tan fácilmente. Otras construyen sus habitaciones de la misma materia, en el tronco de un árbol, extendiéndolas horizontalmente; por último, algunas horadan el suelo y le sollevantan dándole la forma de media naranja.

En esta parte de la Montaña no son muy abundantes los reptiles; sin embargo, se ven con frecuencia víboras muy venenosas, de las que se cuentan varias especies; existe un lagarto de un pié de largo, con pequeña cola, una membrana bajo el cuello y ojos al parecer inmóviles, lo que le da un aspecto horrible; sin embargo de que se reputa muy venenoso, no los matan porque son grandes destructores de ratones, que ocasionan muchos males en los sembríos.

Se ve igualmente gran número de caracoles de tierra, y algunos de un tamaño mayor que el puño. Los cholos hacen grandes recolecciones, pues les sirven de alimento en épocas de malas cosechas, ó mas propiamente, cuando por pereza no han sembrado.

Suponemos, aunque nos cuesta creerlo, que el tapir ó elefante americano, alcanza á esta parte de la Montaña, pues nuestro guía don Manuel Montebanco, caballero ilustrado, nos aseguró que dos años antes se vió frente á Monobamba, detenido por el puente del río, un animal desconocido que al pronto se tomó por una mula, mas despues que se le observó, se reconoció á la gran bestia, como llaman al tapir ó el anta.

¿Cómo habia venido este animal por un río que hasta el punto donde se le encontró solo recorre una zona helada, así se puede decir, comparada con la en que habita este cuadrúpedo, el Norte de la montaña Sacramento y otros lugares contiguos al Amazonas? Además, no hay memoria de que en esta parte de la Montaña de que hablamos se haya visto alguno. ¿Sería algún solitario arrebatado por un torrente y precipitado al río? En Asia, en regiones muy ajenas al elefante, se han encontrado solitarios. ¿Le habria sucedido otro tanto á este tapir? Pero lo que es indudable es que todo Monobamba lo vió y todos reconocieron en él á la gran bestia; y no pudieron equivocarse, porque la mayor parte de los habitantes de esta aldea han recorrido gran extensión de la Montaña, en la zona que estos animales habitan (2).

(1) Produce este país entre sus rarezas, la araña que llaman de la seda, la que da en su capullo, aun mas suave que la de Valencia; no es aquí tan abundante este insecto como en Jaén y Chachapoyas, porque en este último partido son grandes como un cangrejo, y sus colmillos aun mayores que los de un ratón grande, y los cargan algunas mujeres curiosas entre los adornos que llaman dijes, en sus relojes y otros que hacen á su ornato.

(Mercurio peruano, t. II, pág. 205.)

(2) Así pues, empezando por los cuadrúpedos, trataré del llamado danta por unos, ante por otros, y mas comunmente la *gran bestia*. Este animal, que habita la ribera del río de Chinchipe, que tributa al caudaloso Marañón en los montes de Guarmaca, y en los confines de Jaén, en Cajamarca y Chachapoyas, es de figura de vaca, pero su estatura menor que la de una ternera de un año, mas largo que alto su cuerpo, la oreja se parece á la del cerdo, su cabeza carece de cornamenta ó de martillo; carece de cornamenta, y su ubre es en la hembra semejante á la de aquella; su cola corta, delgada y torcida, mucho menos que la del puerco. Tiene crin, pero no excede á la del jumento, se ve en ella un fuerte hueso entre ceja y ceja, tan sólido, que con él allana toda aquella arboleda que le hace estorbo á su curso; sus propiedades y lo demás que contiene de raro es que si no la comueven, es mansa, pero perseguida, embiste. Su mayor enemigo es el tigre, con quien, si se encuentra, emprende batalla, quedando el campo por aquel si pelean en llanura, pero al contrario sucede si hay maleza ó arboleda, pues el ante se mete furiosamente en ella por escabrosa que sea, y si el tigre no suelta la presa, allí lo arrastra y despedaza. En el agua es igual en fuerza. Si algún perro lo acosa y logra aprehenderlo con sus fuertes colmillos, lo regular es sacarle el pellejo y arrojarlo por los aires desollado. Habita los



VIAJES. — Los valles de las quinas en el bajo Perú.



USOS Y COSTUMBRES. — Serenata de estudiantes.

El cuspe es un pequeño cuadrúpedo de la familia de los roedores, que cazan cada vez que tienen oportunidad, tanto porque su carne es deliciosa, cuanto porque causa muchos daños en los sembríos de yucas.

En el espacio comprendido entre Tambillo y Monobamba se encuentra, cada legua mas ó menos, pequeñas plazuelas circulares, en cuyo centro se ve una peana de piedra y sobre la peana una tosca y alta cruz. El corazon se conmueve, en verdad, al contemplar el signo de nuestra redencion en esa soledad, rodeado de encumbrados árboles, en cuyos ramajes las aves rinden continuamente con sus arpadas lenguas tributos de alabanzas al Creador de la naturaleza. Nunca se ven estas cruces sin flores atadas con bejuco; el cholo jamás deja de coger algunas en su tránsito y colocarlas en la primera que encuentra.

Los caminos, ó mas propiamente las veredas, son tan estrechas y difíciles, que el viajero no puede admirar con tranquilidad las encantadoras decoraciones que á cada paso le presenta la naturaleza. Su atencion está ocupada exclusivamente en evitar los mosquitos que le hieren las manos y los rostros y aun se le introducen bajo la ropa; en evitar los choques que sus piernas pueden tener con pedrones ó troncos; en im-

pedir que algun bejuco le tome por el cuello y le mantenga en el aire con riesgo de la vida, ó bien que una espinosa rama le destroce el rostro, y finalmente, en afianzar con destreza las bridas á fin de que el animal no resbale ó tropiece, porque entonces caballero y caballo se precipitarían en un abismo en donde encontrarían una muerte segura antes de haber llegado al fondo.

Las aves son admirables por los metálicos colores de sus plumajes.

No siendo nosotros fuertes en zoología, y además, no teniendo las aves un nombre fijo, pues una especie tiene cuatro ó diez, segun las localidades, intentaremos una pálida descripción de algunas, que el lector puede imaginarse verlas jugar entre árboles tan notables por sus formas y colores, como sus mismos pobladores.

Sobre una encumbrada palma, cuyo tronco va engrosando á medida que se eleva como si estuviera truncado, terminada por una simétrica melena de hojas estrelladas y blancas como el papel, y de cuyo centro se ve salir una espiral de color de rosa, se ve posado al elegante é inocente *guacanco*, del tamaño y forma de una paloma, pero de un traje espléndido; la

esmeralda con cambiantes azules y dorados decoran sus finísimas plumas de la cabeza, dorso, alas y cola, mientras el mas precioso encarnado reviste su pecho y vientre. Estas aves andan siempre en bandas de dos para arriba, y son quizás las únicas que se ponen con alguna facilidad al alcance de la escopeta; por mas esfuerzos que se han hecho no se ha logrado domesticarlas.

Sobre las más altas resinas de una chonta, se ve relucir un objeto que ofusca la vista con su color de fuego; es un ave del tamaño de una torcaza y de patas cortas; sobre la cabeza tiene un penacho, que tiende ó levanta segun los sentimientos que le agitan, del mismo color que el cuerpo, con excepcion de las alas, que son negras.

El tucano ó Dios-te-dé, de la forma de un pato, aunque menor, es una preciosa ave; el pico, del color y forma de un plátano, tan grande como la mitad de su cuerpo, le da un aspecto sumamente raro; negro como el ébano, tiene un pequeño delantal del mas simpático color amarillo, y en el nacimiento de la cola, en la parte inferior, un círculo encarnado como el pecho de la lloica.

El siete-colores, del tamaño y forma del tril, ostenta



TEATRO DE LOS BUFOS PARIENSES. — *Bola de nieve*, ópera bufa de J. Offenbach. — Acto II, escena última. — (Véase la *Revista de Paris*.)

en su recamado traje los mas variados y preciosos colores; sus movimientos ágiles y elegantes hacen de esta avecita la alhaja mas acabada que pudiera fabricarse con las piedras mas estimadas y mas artísticamente colocadas (1).

montes, rios y sus vegas, alimentándose de los arbustos que le acomodan. Al verse acosada ó herida, busca el agua y se oculta en ella; cuando camina, mas que sea por un espeso bosque, va destruyendo con su récia trompa cuanto encuentra, haciendo un ruido espantoso en su tránsito; sus uñas, que son semejantes á las de la ternera, las traen muchos colgadas al cuerpo, porque las conocen por buenas contra el mal de corazon ó alferecía, y raspadas y bebidas por lo mismo. Su carne es comestible, y se parece en su gusto algo á la de la vaca; los indios salvajes de la parte austral las cazan con sus flechas con la mayor destreza, y hacen mucha estimacion de ellas para su alimento.

(Antiguo *Mercurio Peruano*, t. II, pág. 189.)

(1) Esta descripción es de algunas de las aves que el autor trajo consigo.

En conclusion, diremos que la descripción de la inmensa cantidad de aves que pueblan esta parte de América, es una empresa que jamás podrá realizar un solo hombre; para ella se necesitan muchos años y el estudio detenido y concienzudo de numerosos naturalistas (1).

IX.

LOS CHOLOS Y SUS COSTUMBRES.

Esta raza, que constituye la verdadera y primitiva de la nacion peruana, ha sufrido algunas modificaciones.

(1) No es menos prodigiosa la clase de las aves, pues parece que han escogido para su domicilio estas ocultas entrañas de los bosques, cuya multitud de agradables plumas, dulces cantos y suaves gorjeos, despues de embelesar con su dulzura el sentido y contemplacion del que las oye, son otras tantas panegiristas de las maravillas de su autor...

(Antiguo *Mercurio Peruano*, t. II, pág. 130.)

nes á impulso de la mas ó menos civilizacion que ha podido alcanzar; pero muy poca ó ninguna en la cruz de casta.

La descripción que nos ocupa solo se circunscribe al departamento de Junin, y en especial á la provincia de Jauja.

Los cholos tienen generalmente una figura simpática, su color es cobrizo, sus facciones regulares y aun hasta hermosas, ojos pardos ó negros, nariz aguileña, boca acentuada, de labios delgados, el óvalo del rostro forma un elipse generalmente, y el pelo abundante, negro flexible y lacio. El de la barba y bigote es escaso; pero no es raro ver algunos con abundante barba. Son de estatura mas bien mediana que alta, pero de formas musculosas, de anchas espaldas, de grueso tronco sin ser obesos, de brazos y piernas robustas y muy ágiles en sus movimientos.

Esta raza, que casi sin mezcla habita la provincia, es una bella raza.

Fuerte para el trabajo, incansable para las marchas, y capaz de soportar fuertes privaciones y los rigores é inclemencias de las mas crudas estaciones. Las mujeres poseen iguales cualidades y aun sobrepujan á los hombres.

Hé aquí cómo califica al cholo, Paz Soldan :

«Sin embargo, los indios con una pequeña bolsa de coca, un poco de *cancha* y un trozo de charqui, atraviesan enormes distancias sin necesidad de otro alimento...»

«...No es fuera del caso hablar aquí de las inmensas distancias que los indios atraviesan á pié sin comer mas que *cancha*. Con un ejército de ellos habria llegado Napoleon á San Petersburgo, sin perder quizás cien hombres; y no hablamos de memoria, porque en muchos casos, como en 1837, han recorrido en veinte dias 400 leguas, desde Tarija hasta Arequipa, llegando en el acto á combatir como si nada hubieran andado.»

Cargados con seis arrobas de peso que gravitan sobre sus lomos, atraviesan precipicios, suben y bajan las mas escarpadas montañas, nada les detiene; en todas partes vencen á la naturaleza.

Un cholo al partir de un punto á otro, no toma el sendero ó camino público, no; alza los ojos en la direccion mas ó menos adonde piensa dirigirse, traza en su mente una línea recta y echa á andar. Es raro, muy raro que se equivoque en la direccion; parece que cada cual lleva consigo una brújula; por esto, pues, y por el axioma geométrico de que el camino mas corto entre dos puntos es la línea recta, llega antes que el mejor jinete que ha marchado por los caminos.

Son humildes y políticos, pues el viajero siempre es saludado con la mayor cortesía por los que encuentra; se quitan el sombrero y pronuncian con su acento particular y algo dolorido: buenos dias, buenas tardes, segun lo mas ó menos avanzado del sol en el meridiano. Sin embargo, si llega el viajero á las puertas de un rancho y pide un vaso de agua, es seguro que se le negará con las sacramentales palabras de: no hay; aunque corra un torrente á dos pasos. Si desea obtener algun alimento y ofrece en pago diez veces mas de su valor, esté cierto que no lo obtendrá; pero si recurre á la fuerza bruta y se introduce en el rancho y lo registra, allí encontrará lo necesario, al menos para un *chupe*; en seguida, si paga el justo valor de lo consumido, quedan contentos.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

Estamos en la última semana del año 1871, esto es, entre las dos grandes fiestas de Navidad y de Año Nuevo. Por la celebracion de la primera podemos ya conjeturar que el primer dia de 1872 se festejará como es antigua costumbre en la poblacion parisiense: tregua á las preocupaciones de todo género, que no son pocas, Paris quiere demostrar que es siempre la gran capital de la alegría y la riqueza. El lunes último, fiesta de la Natividad, las calles, no obstante el rigor de la temperatura, se hallaban cuajadas de gente. Las solemnidades religiosas llevaron por la mañana á las iglesias una afluencia tan considerable, que en muchas de ellas fué preciso cerrar las puertas. Por la tarde en los bulevares se circulaba con dificultad, y por la noche los cafés y los teatros tenian excelentes motivos para felicitarse de que Paris quiera olvidar, siquiera por un dia, sus cuidados, sus inquietudes y las consecuencias de los grandes males que ha sufrido en el terrible año que concluye el domingo próximo.

Este antecedente nos induce á pensar que el dia de año nuevo compensará ampliamente las tristezas que señalaron el 1º de enero de 1871. Además, los preparativos están á la vista. La feria de rigor se halla posesionada de los bulevares, las tiendas famosas en donde se hace cosecha de aguinaldos ó de «*étrennes*» se hallan concurridas con el mismo afán que en los pasados años de tranquilidad y bienestar; las fábricas de tarjetas trabajan de noche y de dia; en fin, no falta ningun síntoma precursor de los regocijos de año nuevo.

Desgraciadamente la cuestion que tanto interesa á Paris, y cuya resolucion favorable habria completado las satisfacciones de tan gran fiesta, ha dado un paso hácia atrás y es muy de temer que se decida en contra de los intereses parisienses. Nos referimos al regreso del gobierno y de la Asamblea. La comision de iniciativa que debe dar su dictámen, despues de haber oido las explicaciones de M. Thiers y del ministro del Interior, ha juzgado por 20 votos contra 9 que no ha lugar á tomarse en consideracion el proyecto de regreso.

¿Sancionará la Cámara este parecer de la comision de iniciativa parlamentaria?

Hay quien se obstina en creer que no, á pesar de la hostilidad manifiesta de la mayoría.

Es verdad que se tiene una esperanza, y es la de que Paris en la eleccion de un diputado que debe efectuarse el 7 de enero demuestre su inclinacion al partido del orden nombrando al candidato que represente las ideas conservadoras.

Si la eleccion produce este resultado, el gobierno persuadirá fácilmente á la mayoría, y el regreso á Paris será cosa hecha.

Ahora bien, el dia de la eleccion no está lejano, y sin embargo, no sabemos aun quién será el candidato que se recomiende por los comités y por la prensa á los electores amantes del orden.

Lo que sí vemos es que el partido demagógico se agita ya y celebra sus reuniones preparatorias para discutir los méritos y servicios de los que aspiran á representarle en la Asamblea.

Un comité que se llama de la calle Brea ha redactado el programa de las exigencias de los radicales, el programa de los puntos que quieren ver defendidos en la Asamblea nacional por el diputado que sea nombrado el 7 de enero de 1872.

Hé aquí en sustancia las condiciones del nombramiento.

Proclamacion definitiva de la República; disolucion inmediata de la Asamblea nacional actual, que será reemplazada por una constituyente encargada de hacer una constitucion republicana.

Regreso á Paris del gobierno.

Levantamiento inmediato del estado de sitio en Paris y en los departamentos; servicio militar obligatorio y personal para todo ciudadano de la República francesa, salvo los casos de incapacidades físicas.

Instruccion gratuita y seglar.

Separacion absoluta de la Iglesia y del Estado; retribucion de los ministros de todo culto á cargo exclusivo de los que los emplean.

Libertad absoluta de asociacion, de prensa y de reunion.

Reforma de la magistratura, extension de las atribuciones del jurado.

Impuesto proporcional sobre la renta.

Amnistía para todos los delitos políticos.

Informacion sobre los actos del gobierno durante las jornadas de mayo y junio de 1871.

Abolicion de la pena de muerte en toda materia.

Exclusion de todo cargo público de todos los miembros de las familias que han reinado en Francia.

Mantenimiento de los decretos de 1852 concernientes á los bienes de la familia de Orleans.

Tales son los puntos principales del programa demagógico, el cual constituye un mandato imperativo que todo candidato debe aceptar y firmar.

A mayor abundamiento, el diputado deberá pedir á la Cámara que el mandato legislativo se asimile al mandato civil á fin de que los tribunales puedan juzgar toda infraccion á este mandato.

Está visto que lo del mandato imperativo es una idea fija en los radicales.

Pero ¿quién aceptará semejantes condiciones? se preguntará el lector.

Al pronto parece en verdad que solo alguno de esos hombres oscuros que tienen la ambicion de darse á conocer en política, haciendo fácilmente abstraccion de su dignidad y de su iniciativa, solicitará con tales condiciones el humillante apoyo de los radicales; pero no es así: el primero que se compromete en semejante via es Victor Hugo.

Sí, el ilustre autor de tantas obras maestras, uno de los grandes poetas de este siglo, acepta con toda humildad el programa del comité, si hemos de creer lo que afirman los diarios de su color político.

Pero no sin contestacion le admiten en su seno los demagogos.

En las dos primeras reuniones celebradas con este motivo, el club de la calle de Arras ha cedido con gran trabajo á los esfuerzos de los amigos de Victor Hugo.

Estas reuniones no son numerosas; no son ya aquellas asambleas tumultuosas que precedieron á la Commune; pero las ideas que en ellas se emiten no son menos subversivas del orden social que las que oimos entonces. Por el programa que acabamos de resumir y que ha sido aprobado unánimemente, se puede juzgar sin entrar en explicaciones, de lo que se discute en esas reuniones preparatorias.

Con estas dificultades de la política interior que surgen á cada paso, coincide esta vez un hecho grave procedente de Alemania. M. de Bismark ha dirigido al conde Arnim, embajador aleman en Paris, un despacho en el que aludiendo á la absolucion de Bertin y Tonelet, que cada uno de ellos ha dado muerte á un soldado del ejército aleman, habiendo sido absueltos por el jurado, declara que en adelante si las autoridades francesas se negasen á entregar á los culpables, las alemanas tomarán rehenes, y en ciertos casos apelarán á medidas mas enérgicas.

La gravedad de esta intimacion no está por cierto disimulada en el lenguaje.

Aunque haciendo la salvedad de pura fórmula, de que la Alemania no quiere hacer al gobierno francés responsable de las decisiones de los jurados, M. de Bismark sienta la especie de que el sentimiento del derecho se halla en Francia completamente extinguido hasta en los círculos en que se buscan con preferencia los hombres de

orden y de justicia, lo cual aleja la esperanza de ver renacer la confianza entre ambos paises.

Esta apreciacion del espíritu francés, ha producido, como era natural, una irritacion suma, de la que se hace eco no solo la prensa del pais, sino la extranjera.

Los periódicos ingleses califican con justa dureza el despacho de M. de Bismark y ven en él una provocacion directa, que si hoy no produce el fruto consiguiente, lo producirá con toda seguridad en cuanto la Francia logre reorganizarse debidamente.

Pero hay mas aun: la amenaza se ha realizado ya; las autoridades alemanas han tomado rehenes y dos padres de familia, naturalmente de la clase acomodada que habitan en los departamentos ocupados, se hallan detenidos en el dia al antojo de los vencedores.

El gobierno francés, sin embargo, hace cuanto está en su mano por evitar tan terribles conflictos, como lo prueba la siguiente nota que ha visto la luz en una publicacion oficial relativamente al asunto de que tratamos:

« Los diarios alemanes, dice esta nota, publican el texto de un despacho diplomático, que M. de Arnim, ministro del emperador Guillermo en Paris, ha comunicado al ministro de Negocios extranjeros de Francia, sobre haber sido absueltos por el jurado, varios individuos procesados por asesinato de soldados prusianos. Este documento es muy propio para ilustrar al pais sobre los verdaderos deberes del patriotismo en las actuales circunstancias: él aconseja la calma, el espíritu de justicia y de moderacion, único modo de contrarrestar las excitaciones que tendrian por resultado agravar la situacion de los departamentos ocupados, aumentando así los males de la Francia. »

Que se oigan estos consejos de prudencia, que la Asamblea olvide sus preferencias de partido y que se piense solo en ese enemigo implacable que manda como soberano sobre mas de tres millones de franceses. Solo así se evitarán complicaciones terribles hoy cual nunca para la Francia.

Estas digresiones políticas nos han llevado mas lejos de lo que pensábamos; pero ¿cómo no hablar aquí de lo que tanto ocupa á los parisienses?

Por otra parte, los elementos de la crónica propiamente dichos, en circunstancias como las presentes, son á la verdad bien escasos.

Las diversiones de la temporada, puede decirse que se encierran en los teatros.

El año se acaba y el teatro Italiano no da ninguna señal de vida: es cierto que cada dia se habla de nuevas combinaciones; pero entre tanto pasan meses y ningun proyecto se realiza. Es muy de creer que Paris no tendrá este invierno compañía italiana.

La Grande Opera sigue viviendo del repertorio conocido: *Fausto*, los *Hugonotes*, *Roberto el diablo*, *Guillermo Tell*, y últimamente el *Profeta*, hé ahí la lista de las funciones.

Todas ellas recuerdan al público artistas eminentes; pero hay que contentarse con ese recuerdo y no tener exigencias que los artistas actuales no podrian satisfacer sino muy escasamente.

En cambio, en los teatros líricos secundarios se suceden las novedades.

Offenbach es el maestro incansable por excelencia.

Su repertorio muy numeroso ya, se enriquece cada dia con nuevas producciones; y como todas ellas son aplaudidas y celebradas por el público, y se traducen y se representan en todos los teatros líricos del mundo, del género de los Bufos Parisienses, fuerza es contar con este compositor tan fecundo y de fama tan extendida.

Hoy vamos á hablar de una de tantas, la *Bola de nieve*, ópera bufa en tres actos, libretto de los señores Nutter y Trefeu, música del ya citado maestro.

Por extraordinario, este argumento no tiene ninguna de esas gracias del género picaresco agudo que se hallan en casi todos los que seducen á Offenbach, lo cual no quiere decir que carezca tambien de esas extravagancias esenciales que han hecho la fortuna de las producciones representadas hasta aquí en los Bufos Parisienses.

Juzguen nuestros lectores.

Bola de Nieve, ó sea el protagonista, es un oso blanco, que, por el antojo de un magnate, ha sido nombrado gobernador de una provincia.

Excusado es decir que la accion pasa en un pais que no señalan los mapas geográficos de ninguno de los territorios conocidos.

El oso lleva el encargo especial de reprimir las veleidades de rebelion que con sobrada frecuencia se notan en la tal provincia.

El pueblo se asusta, como es muy natural, con semejante amo. ¿De qué fechorias van á ser víctimas los ministros, los cortesanos, los súbditos?

En este conflicto aparece una joven vestida con una túnica de terciopelo bordada de oro y armada con una varita, de la cual se sirve con mucha oportunidad, cuando se propasa en sus agasajos Balabrelock, el primer ministro de Bola de Nieve.

Balabrelock tiene la fe mas ciega en las mujeres, y cree firmemente que la de la túnica de terciopelo les va á liberrar del apuro en que se encuentran.

Con efecto, la jóven se llama Olga, y se ocupa en domesticar fieras; mas por el momento, lo que ocupa toda su atención es la suerte de su prometido esposo Cachmyr, un desdichado vidriero que se ha metido en política, por lo cual se halla encerrado en la cárcel.

Olga desea poner en libertad á su amado, y con tal fin se presenta en la córte.

Pero Balabrelock rechaza su demanda, porque no quiere proteger á un rival.

Aquí una historia:

Olga, al atravesar la plaza pública, ha visto al oso dentro de un palanquin enrejado, recibiendo los homenajes de sus súbditos, y le ha reconocido.

— Sí, sí, no me cabe duda, es Bola de Nieve, el compañero de mi infancia.

Y Olga refiere, cómo siendo niña, recogió á un osillo que por su extremada blancura mereció el nombre de Bola de Nieve. Juntos pasaron muchos años, hasta que el destino fatal les separó. Tal es el cuento de Olga.

Balabrelock bendice al cielo que le ha enviado en aquella jóven la salvación.

Olga hará lo que quiera de Bola de Nieve, y por lo tanto no tendrán mas que temer del terrible mandarin.

Con efecto, la jóven penetra en su guarida, y sale un instante despues conduciendo con su varilla al oso terrible, que se ha vuelto manso como un cordero.

¡Qué ocasion! Balabrelock somete al punto una porción de decretos á la firma del oso.

Bola de Nieve es muy liberal, y todo lo que no entra en sus ideas lo rechaza implacable.

Tambien se niega á sancionar el enlace que el primer ministro proyecta con la jóven Olga, lo cual nos descubre quién es el protagonista de cuatro patas, que ahora tenemos delante: es lisa y llanamente el vidriero, que ha encontrado una piel de oso igual á la de Bola de Nieve, y la ha aprovechado para dar desenlace á la comedia.

Con efecto, el soberano del Estado desconocido perdona á los habitantes de la provincia no menos ignorada, y les envía un gobernador semejante á lo comun de los gobernadores.

La música no desdice de la que hasta hoy ha compuesto Offenbach; hay piezas verdaderamente graciosas, escritas con ligereza y muy en situación; pero á vuelta de esto hay tambien melodías y romanzas sentimentales que con el oso en la escena producen un efecto grotesco.

Sin embargo, *Bola de Nieve* ha gustado, y los aplausos prodigados á sus intérpretes, principalmente á madama Peschard y á M. Duplessys, son muy merecidos.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

Entre las poetisas contemporáneas, ninguna mas adorable ni que haya mostrado una inspiración mas noble que la señora doña Carolina Coronado: ¡qué dulzura de sentimientos, qué pensamiento tan robusto, qué galanura en el decir! Tiene en ocasiones el arrebatado de Safo, y siempre la dirige y la inspira la santa y viva luz de la enseñanza cristiana.

Es la señora Coronado una de las mujeres de que habla Stahal; bella de alma y de cuerpo; arrebatadora por el talento, grande por el corazón, seductora por su hermosura y sus virtudes.

Las poesías de la señora Coronado han sido reproducidas siempre con placer por los diarios españoles y americanos. Por esto nos apresuramos á insertar la siguiente, que es inédita.

Á UN POETA DEL PORVENIR.

No has nacido á luz, mas yo te amo;
Espíritu que aun flota en el abismo,
Yo tu futuro corazón reclamo
Cuando no tienes ser para tí mismo.

No á la pureza de mi amor agrada
Forma visible que la mente ofusca;
En los vagos espacios de la nada
La ardiente fe de mi pasión te busca.

¿La nada he dicho? No: el ser que vive
En el sol, en las nieblas, en el viento,
Que en el espacio inspiración recibe
De la eléctrica luz del pensamiento.

¿Qué importa si fué ayer, ó si es mañana,
Si naciste despues, ó si antes vienes,

Si tienes en el mundo forma humana,
Ó en espíritu solo te mantienes?

Todo en la eternidad al par existe,
No hay al alma pasado ni futuro
Y tú, genio, tal vez apareciste
Como lucero en nuestro cielo oscuro.

Tal vez es ya tu voz esa que suena
Del mar en las profundas soledades,
Y no hay en la creación otra sirena
Que el cantor inmortal de las edades.

Tal vez de nuevo, tú, serás Homero,
Que siguiendo en el turno del cometa
Para alumbrar al siglo venidero
Vendrás á visitar nuestro planeta.

Tal vez los que en el siglo hemos nacido,
Cantores hoy del mundo transformado,
Delante de tu carro hemos venido
Y tu genio á cantar nos ha impulsado.

Tal vez mi propio sér, mi propia vida,
Tal vez el alto amor que por tí siento,
Son chispa de tu genio desprendida
Que al mundo arrojas para darme aliento.

Tal vez como la pálida alborada
Precursora del astro soberano
El alma que te canta enamorada
Anuncia de tus glorias el arcano.

Tal vez entre tinieblas descendiendo
Á la mente sedienta de armonía,
En impalpable sér estás viviendo
Y eres el alma, tú, del alma mía.

Tal vez voy á morir, oruga inerte
Que en cierta cárcel sepultó sus galas,
Y en el instante mismo de mi muerte
Extiendas tú las deslumbrantes alas.

Y aun hallarás las flores palpitando
Al beso del amor que puse en ellas,
Y de los valles en el césped blando
Junto á las fuentes hallarás mis huellas.

Y de mí te hablarán todas las aves,
Y mis ensueños te dirá la luna,
Y hasta el contrario mar en sonos graves
Te contará el rigor de mi fortuna.

Y « ¿por qué, me dirás, por qué sufriste
» Alma sensible, para el bien nacida,
» Por qué tu musa solitaria y triste
» No cantó los placeres de la vida?

» ¿Quién eres tú, que con audacia extraña
» Rasgando al porvenir el negro velo,
» Desciendes del abismo hasta la entraña
» Para buscarme en tu amoroso anhelo?

» ¿Quién fuiste tú, del siglo trascurrido
» Vaga memoria, evocación doliente,
» Que luchas con las sombras del olvido
» Para llegar cual rayo hasta mi mente? »

— ¿Quién fuí, quién soy? El eco de este canto,
Del infortunio la viviente queja,
De la afligida humanidad el llanto,
El adiós de la musa que se aleja.

La negra prensa, la moderna lira,
Mi libro amante llevará á tus brazos,
Y en estos versos que el dolor inspira
Encontrarás mi alma hecha pedazos.

Mi voz ingenua cantará á tu oído
De nuestro siglo la infernal locura,

Y del alma sabrás cuánto ha sufrido
En sus horas de horrible calentura.

Nosotros somos los que en gran cadena
Lleva el vapor como á la muerte al reo,
Y nos arrastra desde el Ebro al Sena
Las entrañas rompiendo al Pirineo.

Los que del Cénis por la cumbre vamos
Cabalgando en corcel de viva lumbre,
Y sus eternas moles taladramos
Para cruzar despues bajo su cumbre.

Los que en el fondo de insondables mares
Políglotas serpientes extendimos,
Los que á la industria consagrando altares,
Del mar Rojo los límites rompimos.

Los que á Atlante y Pacífico enlazamos
De hierro con perpétuos eslabones,
Los que del arpa eléctrica colgamos
En los aires los mágicos bordones.

Y el Dios de la mecánica triunfante
Su carro ornando de laurel y palmas
Sobre el cristiano mundo agonizante
Pasó rompiendo nuestras mismas almas.

Y tú nos hallarás como el viajero
Que del Alpe al subir la cumbre helada
Encuentra al atrevido compañero
Que pereció en mitad de la jornada.

Y ráfaga de luz en noche umbría
Tu mente penetrando en lo pasado,
Al ver la gloria bajo planta impía
Nos llamarás con grito desolado.

Y en vano clamarás. Rudos silbidos,
Hierros que crujen como en son de guerra,
Ojos sin vista rojos y encendidos
Á todas horas cruzarán la tierra.

Rugiendo con fragor la rueda infame
Que mil guerreros á traición sepulta,
Cuando el honor á combatir te llame,
Entre las selvas hallarás oculta.

Y buscarás la libertad en vano,
La libertad bajo el cañon perece,
Y el cañon de la tierra soberano
Las artes y las glorias ensordece...

¡Mas! ¿Por qué has de nacer?.. Que gire el mundo
Sin la luz inmortal de la poesía,
De la materia al germinar fecundo
Rodando en los espacios todavía.

Y en un astro mejor, y en otra esfera
Nazca la humanidad, y el genio cante:
¡No temais del espíritu que muera,
Esperad que á los cielos se levante!

CAROLINA CORONADO.

1º de diciembre de 1870.

1870 — 1871.

Nada mas elocuente que los dos dibujos que llevan por título: 1870 y 1871, dibujos en que el pintor del *Campo de batalla de Sedan*, Emilio Bayard, nos muestra en antítesis uno de los grandes dolores de la guerra. Al componer su cuadro alegórico de *Sedan*, en el que se ve á Napoleón III en su carretela fumando un cigarrillo y teniendo por testigos y por jueces en el fondo del horizonte á Napoleón I y á los granaderos de las grandes batallas, el artista trazó una página de historia amarga y verdadera. Aquí, en estos dos dibujos, 1870 y 1871, no se trata ya de la ira y del abatimiento de todo un ejército, de los males gigantescos de la guerra; sino que se trata del dolor de los pe-



1870

Composicion y dibujo de Bayard.



1871

Composicion y dibujo de Bayard.

queños y de los ignorados, de los mártires desconocidos, de los felices de ayer á quienes una bala ha convertido en víctimas; se trata de una familia risueña y contenta, de una esposa que se ha quedado viuda y de unos niños tristes y pensativos porque el enemigo ha degollado á su padre.

1870. — Hé aquí la primavera, ó mejor dicho, el verano, bello y radiante, aquel verano en que la esperanza no había huido todavía. Hace un tiempo hermoso, el cielo está azul, las golondrinas revolotean alegremente, y ellos dos, en tanto que sus hijos corren por el prado tan regocijados como las golondrinas, hablan de amor y cruzan por el campo recogiendo flores. Ella está encantadora con su vestido blanco y apoyada tiernamente en el brazo que la protege. Sus ojos se clavan en los de su esposo, como para ver en ellos el secreto de su cariño, que sin embargo, él no la oculta, y para repetirle silenciosamente que le ama con delirio. El, señalando con orgullo á los niños que juegan, se sonríe. Lleva en la mano un ramo de flores silvestres, amapolas y margaritas, recogidas por ella en el camino, con espigas de trigo, ramo que pondrán en agua al llegar á casa y que guardarán en memoria de tan placentero domingo.

También los niños quieren hacer un ramillete. El muchachuelo, moreno, inteligente y travieso, ha hecho ya su cosecha, pero su hermanita, menos práctica pasea por la yerba fresca la sombrilla de su madre.

¡Qué bella vision la de esa pareja feliz que pasa así en ese día claro y luminoso á la orilla del río, en donde se refleja un grupo de árboles y que nos muestra en el horizonte un islote, un puente, una vela blanca!... ¡No es posible contemplarla sin envidia!...

1871. — En una tarde del mes de febrero, cuando por fin se puede salir de París bloqueado durante tantos meses, la joven, vestida de luto, lleva á sus dos niños, los del ramillete de aquel feliz domingo, á la cuesta de Buzenval, en donde en enero cayeron tantos padres de familia.

Baja tristemente la cabeza: el largo pañolón negro de las viudas ha reemplazado en su cuerpo adelgazado el vestido blanco del último verano, y su velo ondea al cierzo del invierno. Muda, abatida, sola con sus hijos busca en esa tierra donde se derramó tanta sangre que han lavado la nieve y las lluvias, el sitio en que cayó su amado esposo. ¡Le amaba tanto! ¡Estaba tan persuadida de que acabaría con él el camino comenzado! ¡Qué había hecho su esposo para merecer la muerte? ¿Habían ellos querido aquella guerra? ¿Odiaban ellos á los alemanes? ¿Necesitaban ellos victorias para asegurar una corona á sus hijos?

La viuda va caminando bajo un cielo pardo y sombrío, rayado hacia el poniente con una banda lívida. En el fondo se destaca la formidable silueta del Monte Valeriano. Los árboles están cortados, la tierra pelada, sin una flor, sin una mata de yerba. Aun se notan los surcos de las ruedas de los cañones. Por ahí pasó la guerra; ahí se batieron. Las casas, destrozadas por la bombas, parecen horribles esqueletos.

Vestida de negro como la madre, la niña se arrastra lentamente con una varilla en la mano, mirándolo todo tristemente. El niño fija su vista en los cuervos de pesado vuelo, como las negras águilas de Prusia. Y la esposa sin esposo, y los hijos sin padre, andan así hasta que cierra la noche buscando el sitio en que cayó él, combatiendo por la patria. J. C.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 990.)

El corregidor hizo una pausa, estremeciéndose á aquel pensamiento.

— Mi mujer, prosiguió M. Hartopp, no me dejaría entonces ni una media corona en el bolsillo, y no podría dar un paso sin que Williams me persiguiera para protegerme contra los engaños de los bribones. Pero si saliera cierto lo que yo creo... Si ese hombre fuera bueno como creo... ¡Ah, qué triunfo alcanzaría entonces sobre ellos! ¡Cómo me admiraría Williams!

XXIII.

Al día siguiente Sofia estaba mejor; á los dos días su mejoría era mucho mas visible, y al tercero, Waife pagó en la posada el gasto y llevó á la niña á la casa de campo, la cual llegó á convencerse de que su abuelo permanecería algun tiempo con ella. Ya habían andado mas de una milla, y aunque se sentía cansada, la niña procuró disimular su cansancio. Llegaron por fin ante la casa de campo, una cabaña con tejado de paja, de aspecto singular, que participaba de las construcciones suizas y de esas que se denominan isabelinas: las empalizadas y los cobertizos que la rodeaban, eran tan lindos y tan limpios como modelos de cera. Los verdes henos y la madrelesva que rodeaba

la entrada, refrescaban el aire, tibio con el aliento de las perezosas vacas, un estanque rodeado de lirios de anchas hojas brillaba entre el verde suelo.

Involuntariamente se detuvieron ante aquel espectáculo para contemplar el animado paisaje y aspirar el ambiente perfumado. Entre tanto el corregidor salió de la casa con su mujer del brazo y dos de sus hijos delante, con el semblante alegre.

Mrs. Hartopp tenía una viva curiosidad de ver y juzgar por sí misma de aquellos seres que tanto interés habían inspirado á su marido. Naturalmente participaba de ese interés que sienten los que se hallan animados de un benévolo deseo de hacer bien, lo que preservaba á Hartopp de ser engañado. Sin embargo, cuando el corregidor tenía especial deseo en hacer que aprobara su mujer algunos de sus proyectos y quería convencerla de que él no se engañaba ó que muchas veces conviene hacerse en este mundo el engañado para lograr mejor lo que uno quiere, siempre se salía con la suya. En verdad que el corregidor era un hombre de gran destreza y ponía en juego para realizar algun acto benéfico las mismas estratagemas y enredos que emplean los hombres muchas veces aspirando á malos fines. Mrs. Hartopp era lo que se llama vulgarmente una buena señora, pero nada mas, y aun creo que si se hubiera casado con otro hombre habria llegado á ser bastante discolorada, pero la pobre se había visto gradualmente al principio y completamente luego, subyugada, sometida bajo el peso de la despótica bondad de su esposo, porque en Hartopp se reunía un fondo de benignidad y de opresión al que era imposible resistir.

— ¡Cuánta es tu amabilidad al venir conmigo, María! dijo Hartopp. No me hubiera considerado feliz sin tu aprobacion. Mira esa niña. Se parece á María Ana y María Ana es un retrato suyo.

Waife se adelantó y se descubrió. Los dos niños, que se habían separado para correr tras una mariposa, volvieron corriendo y se pusieron al lado de Sofia, contemplándola con miradas hurrañas. Sir Isaac se acercó con paso lento al corregidor, resolló con fuerza y meneó la cola.

Mistress Hartopp se inclinó hacia Sofia y al ver que su rostro era de una singular hermosura, miró coquetamente á su marido y le dijo:

— Ya veo que es muy parecida.

Luego exclamó dirigiéndose á Sofia:

— Sospecho que has de estar muy cansada, querida mia: lo que debes hacer es no fatigarte y tomar leche fresca de vacas todas las mañanas.

En esto llegó la mujer del arrendador: era una señora bonachona, de redondas y coloradas mejillas, de fisonomía amable y muy apasionada de las niñas, principalmente porque no había tenido fruto de bendición en su casamiento.

En seguida se dirigieron todos á la alquería. Mistress Hartopp era la que mas hablaba: ella enseñó á Sofia las vacas, los pavos, el gallinero y una gran ánade de la China, conduciéndola de una mano mientras el otro brazo de Sofia iba firmemente apoyado en el de Waife: así cruzaron el jardín, en donde vieron las colmenas, y entraron en la casa. Mrs. Hartopp quitó el sombrero á Sofia y la dió un beso.

— ¡Eres toda como mi María Ana, querida! dijo luego.

Al escuchar este nombre se acercó una de las dos criaturas, que era una niña de nariz ancha y aplastada, de ojos negros y de abultados mofletes.

— Mira esta niña: es mi María Ana, que no hace mucho estaba tan pálida como tú, y ahora, querida mia, ya ves qué hermosos colores tiene. ¿No crees tú que mi María Ana es un retrato de su papá?

— ¡Un retrato mio! exclamó el corregidor. Y en seguida dijo á Waife por lo bajo. Es una imagen de su madre: la misma mirada inteligente.

El discreto actor dijo:

— Es verdad, señora mia, que esa niña tiene la boca y las cejas de su padre, pero lo que es su aire de inteligencia y de sensibilidad es vuestro. Mirad, sir Isaac, es preciso que hagais alguna gracia para divertir á esta señorita.

El perro se puso sobre sus patas traseras, divirtiéndose en extremo á los niños con sus posturas, y el pobre actor, aunque el corazón le pesaba en el pecho como si fuera de plomo, hizo todo lo que pudo por pagar la benevolencia con que se le había acogido ofreciendo alguna diversion. Finalmente, Mrs. Hartopp cogió el brazo de su marido y se dispuso á partir; pero los niños, que no querían separarse ni á tirones de sir Isaac, empezaron á gritar con toda la fuerza de sus pulmones. El corregidor tuvo que contener á su esposa, que de seguro si la hubiesen dejado no hubiera hecho mas que aumentar la gritería de los niños, y dijo á María Ana que esperaba de su buen carácter é inteligencia que trataría de consolar á su hermano Tomás, haciendo presente á este que no convenia que diera semejante ejemplo á su hermana, con lo cual consiguió que al momento desaparecieran las lágrimas. En seguida los hizo marchar delante y todos se pusieron en camino.

Waife y Sofia se quedaron solos en la sala de la quinta, pues Mrs. Gooch, la mujer del arrendador, se fué también á acompañar por algun rato á la dichosa pareja, por aprovechar la ocasion de contar al corregidor que una ternera había perdido el apetito y se hallaba como atontada.

— Mira, querida, vámonos al jardín, dijo Waife. Allí veo un árbol, al pie del cual podré gozar con mi pipa

una libertad que no puede disfrutarse entre cuatro paredes.

El actor y la niña salieron de la casa y se dirigieron al árbol que crecía al extremo de una huerta que dominaba un pintoresco paisaje. Descubriase en grande extension magníficas tierras de pasto y campos llenos de mieses, cerrando el campo los azulados contornos de lejanas colinas. A lo lejos se oían indistintamente las carcajadas de los felices hijos del corregidor; de vez en cuando se escuchaba tambien el monótono sonido de los cencerros de los ganados ó el crugido del hacha del leñador. Waife encendió su pipa y se puso á fumar en silencio; Sofia reclinó su cabeza en el seno del actor y guardó silencio tambien. Por naturaleza, era Sofia de una sensibilidad exquisita, así que la belleza del paisaje y la tranquilidad que en torno respiraba, fué calmando su espíritu intranquilo y haciendo que volviese la calma á su corazón. Por último, dijo con dulzura:

— ¡Seríamos tan felices aquí, abuelo! ¿Perderemos esto?

— No es conveniente á esta vida, contestó Waife filosofando, turbar la felicidad presente preguntando si la perderemos. El hoy pertenece al hombre; el mañana es de su Hacedor. Pero dime francamente: ¿Es verdad que te disgusta la idea de salir á representar? No creas que me refiero al decir esto á salir á hacer volatines, ya sé que no te gusta, sino á ejecutar alguna diversion como la de la otra noche. Ya ves... vamos, dí.

— A mí me gusta todo lo que os gusta á vos, abuelo.

— Eso no es verdad. A mí me gusta fumar y á tí no. Volvamos á la pregunta de antes. ¿Conque no te gusta representar? ¿Por qué, haciéndolo tan bien? La verdad es que lo haces maravillosamente, y que, por lo general, al público le gusta que representen bien.

— ¡No es la declamacion lo que me disgusta! Es que cuando me veo delante de tanta gente me siento como fuera de mí misma.

— Pero ¿y los aplausos?

— No los oigo, y aun me atrevería á decir que no me aplauden, porque nada siento. Si los oyese me quedaria cortada y sobrecogida. ¿Sabeis en qué consiste? En que me parece que el personaje que represento trataría de hacerse amigos en el auditorio aceptando los aplausos, y yo solo pienso en el papel que hago. Tambien me sucede que cuando aquello pasa y los dos nos quedamos solos, todos mis pensamientos son para vos; en fin, dijo la niña agitando la cabeza, será como decís, pero creed que me avergüenzo al pensar que solo pienso en mí y no en vos. ¿Será acaso que yo me estoy volviendo egoísta, como dice el corregidor? ¡Oh! no: ahora nos hallamos aquí, no en esas ruidosas ciudades, no en las posadas ni en los caminos, sino aquí, aquí, y todos mis pensamientos son para vos, para vos solo.

— Eres mi ángel, vida mia, dijo Waife. ¿Egoísta tú? Yo soy el que tengo la culpa en no demostrarte cuánto y cuán profundo es el amor que te tengo, y á la verdad, ahora conozco que he sido torpe; pero ¡qué quieres! á mí me entusiasman los aplausos, las luces, las emociones, la ilusion. Todo esto me roba la memoria, aleja de mí todo pensamiento, me trasporta á un mundo sin pasado, presente ni porvenir; es como un paréntesis del tiempo. Yo creo que esto es lo que debe sucederle á los poetas cuando componen sus versos. Si, Sofia, me gusta todo esto, y cuando pienso en ello lo olvido todo. Y estos pensamientos, Dios me perdone, han hecho que yo no haya echado de ver que estás pálida, que sufres... Vaya, pensemos algo, recapacitemos. Así que estés buena, completamente buena, ¿cómo viviremos? ¿Qué haremos? Tú tienes tanto talento como una mujer formada, y sé que eres capaz de gobernar una casa, al paso que yo soy un atolondrado á pesar de mis años, un ignorante á quien no se le ocurre ni una mala idea. Vamos á ver, ¿qué haremos si dejamos de dar representaciones juntos?

— ¿Dejar de representar cuando á vos os gusta tanto? No, no; ¡yo representaré! Sin embargo...

Aquí se detuvo, temiendo causar disgusto á Waife.

— ¿Qué? Seamos francos: háblame sin rebozo; dime la verdad.

— ¡Deciros la verdad! dijo Sofia fijando en Waife sus puros ojos y dirigiéndole una mirada tan cariñosa, tan dulce, que si sus palabras podían encerrar alguna amargura, sus ojos en cambio no expresaban mas que cariño. Mirad, cuando aquel buen caballero vino aquí con su señora y sus alegres niños y nos hablaron, ¿no sentisteis deseos de ocultaros debajo de tierra? Pues yo sí los sentí. No sé si seguiremos representando en el teatro, pero nosotros siempre tenemos que fingir. Los demás no lo hacen; yo les contemplo y les veo buenos, respetados... ¡Pero qué estoy yo diciendo! Os he affigido...

Waife estaba luchando por querer ocultar su emocion; á sus labios, fuertemente apretados, asomaba la sangre, y sus manos estaban temblorosas.

— Tienes razon, dijo en voz muy baja, debemos ocultarnos, debemos tomar nombres falsos, yo por razones que aun no puedo revelarte, y tú porque no he sabido proporcionarte una casa donde puedas vivir conmigo. Una persona hay en el mundo, que, si quiere, y esto puede suceder el mejor día, te apartará de mí lado si llega á encontrarte, y entonces...

Aquí se detuvo de repente, miró á Sofia, cuyo delicado cutis expresaba temor y asombro, y levantándose

se irguió en uno de aquellos raros arranques de dignidad que tanto elevaban su carácter.

— En cuanto á mí, dijo, he perdido el derecho de usar un nombre, cualquiera que sea, y mientras viva tendré que ser siempre el histrión errante y despreciado; pero mira al cielo, Sofía, allí se conocerán todos los secretos, allí se leerá en todos los corazones, allí se realizarán mis esperanzas, y allí encontraré un lugar donde podré esperarte, ya que para mí todo está perdido en la tierra. No te digo esto para darme cierta elevación á tus ojos, sino para que te sirva de consuelo si alguna vez en adelante llega á afligirte lo que los hombres digan de mí.

Cuando empezó Waife á hablar era noble, solemne la expresion de su fisonomía, pero luego cayó en una resignacion y abatimiento profundos. Despues cogió del brazo á Sofía, y separándose del árbol se pusieron á pasear lenta y silenciosamente por el jardin. Al cabo de un rato pareció como que volvía Waife de su abstraccion, y la dijo en su habitual tono y cariño.

— Pues bien, querida mia, concedamos que ya no volvemos mas á representar y que ocultamos nuestros nombres como vivimos.

— Ya he pensado en eso, contestó Sofía. ¿Os acordais de aquella buena Mrs. Burtons que me enseñó todo género de trabajos de aguja? Pues bien, yo sé dónde puedan darnos dinero por lo que yo cosa. Y además, ¿no podreis vos tambien hacer algo? ¿Os acordais de aquellos libros que encuadernásteis á mistress Saunders y las copias y tazas que compusisteis? Pues bien, los dos trabajaremos y podremos vivir en una modesta casita con un jardin, del que ambos cuidaremos, y cuyas yerbas y legumbres podremos luego vender. ¡Oh! yo he pensado mucho en esto la noche pasada, solo que no me atreva á deciroslo.

Waife la escuchaba con la mayor atencion.

— Tambien puedo yo hacer magnificas banastas, dijo acariciándose la barba, unas banastas soberbias (digo, si es que puedo comprar algun mimbres), y como dices muy bien, tambien sé hacer otros mil objetos de capricho que de seguro saldrán bastante aceptables. Ya puedes hacer patines, tapetes, servilletas y acericos, etc., de modo que con un buen jardin, por supuesto con sus gallinas y pollos (el corregidor dice que las aves divierten á los niños) si es que hallamos un buen sitio y la gente no viene á molestarnos con sus chismes, y si además contamos con dinero para cuando..

— ¿Y tendremos tambien colmenas con sus abejas y su miel, no es verdad? le interrumpió Sofía, cada vez mas interesada y con mas animacion.

— Por supuesto: tendremos tambien nuestras abejas. Una casita de esta clase en una aldea nos costará unas seis libras por año, y los materiales que necesitamos para empezar nuestro trabajo nos podrán costar unas veinte libras. ¡Ah! Pero ¿y los muebles? ¿Y las sillas, las mesas, la cama?..... Eso cuesta mucho.

— No: al principio pasaremos con muy poco.

— Vamos á contar el dinero que poseemos, dijo Waife sentándose y haciendo sentar á Sofía á la sombra de una frondosa morera.

El viejo y la niña se pusieron á contar el dinero, mirando una por una las monedas, con una alegría mezclada de ansiedad, charlando, interrumpiéndose uno á otro y formando planes sin cuento: ambos olvidaron el pasado y el presente, como les sucedia en representacion de las comedias, y se deleitaron en pensar en el porvenir, que para ellos era como el porvenir de dos niños de Robinson Crusoe ó de los cuentos de las Hadas.

— Ahora que me acuerdo, exclamó Waife de repente. Ya sé el sitio donde hemos de establecernos.

— Hace muchos, muchísimos años que no he estado en él: era en el tiempo en que cortejaba á mi Lizzy... ¡Ay! Pero no pensemos ahora en esto! Justamente está situado cerca de una ciudad populosa, pero bastante retirado de ella. Es una aldea muy bonita: allí aprendí á hacer banastas. Figúrate que me habia roto una pierna de resultas de una caída que dí de un caballo. A la sazón vivía en casa de un buen hombre que se ganaba la vida haciendo banastas, y te aseguro que vendia muchas. A la espalda de la casa corria un arroyuelo que regaban muchos rosales y el terreno donde estaban plantadas las mimbreras. Lizzy acostumbraba á escribirme unas cartas muy tiernas, y yo le regalaba todas las banastas que hacia. Teniamos para llenar una casa de banastas: podiamos haber comido en banastas, sentádonos en banastas y dormido en banastas. Con un poco de atencion recobraré en breve tiempo la habilidad que para este trabajo tenia. Tendría un gran placer en volver á visitar los sitios donde pasé parte de mi juventud, y estoy seguro de que ya no vivirá ninguno de los que pudieran reconocerme. No me conocian mas que el médico, el banastero y su mujer; pero eran tan viejos, que ya deben haber ido á reunirse con sus padres. Puede ser que ninguno del pueblo haya querido hacer el comercio de las banastas, y quizás esté desalquilada la misma casa donde viví.

El cómico se sentia con ganas de hablar y de dar expansion á sus sentimientos; así es que continuó charlando mientras Sofía le escuchaba atentamente y asomando de vez en cuando la sonrisa á sus labios.

— Tambien tendremos á corta distancia un hermoso parque; sus propietarios, que son unos grandes señores, lo tenían abandonado, y aun puede ser que esté todavía lo mismo. Si esto es así, podremos pasear por

él como si fuésemos nosotros los dueños. Hay árboles gigantescos, verdes praderas, ligeros conejos, ágiles liebres... Ya verás qué hermoso es todo aquello. Por supuesto, nos haremos amigos del guarda, y de ese modo casi podremos decir que el parque es nuestro. Yo seré el genio fabricante de la gran banasta, y tú la princesa encantada, oculta á las miradas humanas, que borda tapetes y acericos con perlas y esmeraldas. Así viviremos sin que lleguen á nuestro oido otros rumores que el murmullo del viento entre los árboles y los trinos de los pájaros.

— ¿Dónde estás, querida? ¡Ah! ¡Gracias á Dios que te encuentro! Creí que te habias perdido, dijo la mujer del arrendador que se presentó de pronto. El té está ya caliente y ha vuelto ya mi marido de sus faenas: verás que hueco y qué contento se pone al verte, hermosa mia; lo mismo que yo, porque como Dios no nos ha dado fruto de bendicion...

Ya habian dado las once. Sofía se levantó, entró lentamente en la casa, y alimentando mas placenteras ilusiones que antes, se quedó dormido. Waife se arrodilló á su lado y se quedó contemplándola un largo rato. Luego la cogió una mano y conoció, con alegría, que la fiebre habia desaparecido: por último, se levantó, y andando de puntillas, quiso salirse, pero volvió, y en la pura frente de la niña imprimió un beso: en el sitio donde la besó, una lágrima cayó lentamente.

Luego se salió de la habitacion y fué bajando pausadamente las escaleras, encontrándose en el umbral al arrendador que sujetaba á sir Isaac.

— Nosotros la cuidaremos mucho, dijo M. Gooch. Os aseguro que no la habeis de conocer cuando volvais.

Waife apretó silenciosamente la mano de aquel buen hombre.

— ¿Acertareis con el camino? No, echad por el otro lado é ireis derecho á la ciudad. Supongo que ya os esperarán en la Cabeza del Sarraceno. Pero veo que no os agrada el que grite, porque si la niña despertara se le partiría el corazon al veros partir. La luna está muy clara. ¡Cuidado! todo derecho. Pues como decia, no temais por la niña; las mujeres cuidan mucho á los niños, y yo soy como ellas. Buenas noches.

Waife marchaba lenta y silenciosamente: Isaac le seguía, y la cola del animal brillaba con los rayos de la luna. El actor caminaba con un saquillo al hombro y apoyado en un palo á través de los hatos de los ganados y junto á las casas silenciosas, hasta que llegó al camino real. Dejó atrás á Gatesborough con sus relucientes tejados y elevadas torres, y siguió callado por el camino desierto, cada vez mas triste; en fin, despues de algun tiempo de marcha, se entró por una brecha que formaba la cerca del camino, y acostándose bajo un árbol, el pobre actor y el fiel sir Isaac pasaron así el resto de la noche.

XXIV.

Waife habia dejado dos cartas en la quinta, una que entregó al arrendador, acompañada de un taleguillo y dirigida á M. Hartopp, y otra para Sofía, que dejó sobre una silla al lado de su cama.

La primera decia como sigue:

« Mi bueno y respetado señor: creo que volveré sano y salvo, y cuando así suceda tal vez habré encontrado una casa para ella y un modo de vivir que me parece aprobareis; pero por si ocurre alguna desgracia, he dejado á M. Gooch, encerrado en un taleguillo, el dinero que ganamos en Gatesborough, despues de pagar la posada, el médico, etc., y descontando una corta cantidad que he tomado para que yo y sir Isaac podamos hacer nuestro viaje. Os suplico encarecidamente que lo guardéis. A mí me lo podrian haber robado, y además yo soy poco económico, y el dinero se me va de las manos sin saber cómo. Que Dios os bendiga: vuestras bondades han sido para mí un milagro que ha venido á salvar á mi querida niña. ¡Ojalá que nunca pierda vuestro cariño! Y si por desgracia caigo enfermo y muero, socorred aun despues de muerto á este infeliz vagabundo: compadeceos de esa pobre victima desamparada.»

La carta de Sofía decia así:

« Querida mia: Perdóname; me separo de tí, pero solo por algunos dias, y no llevo mas objeto que ver si puedo conseguirte la mágica morada, de la cual he de ser yo el genio y tú la princesa. Me pongo en camino lleno de esperanzas y con la fe mas ardiente, querida mia. Andaré treinta millas por dia, pues no me incomoda la pierna coja: debes conocer que no era posible que me acompañaras; ya sabes que no. Piensa mucho en nuestra cabaña y en las banastas que he de hacer, y tú entre tanto, cuando no puedas jugar durante las horas de calor, en hacer tapetes y acericos: esto te dará ánimos para esperar mi vuelta. Yo creo que esto será al fin de esta semana, es decir, dentro de siete dias: entonces solo pensaremos en trabajar y en dormir entre los árboles, mientras los pájaros nos sirven de orquesta; entonces no se verá obligado sir Isaac á trabajar mercenariamente y empleará sus talentos indisputables en divertirnos: ya no se pondrá de pié mas que los domingos cuando tenga

que llevar el quitasol para hacer sombra á la princesa encantada. Que te diviertas mucho, hermosa mia; mira que me voy con la idea de que no has de estar triste; que no temas nada, y sobre todo no creas que te abandono. Haz de modo que te pongas buena; esto te lo pido de rodillas.»

La carta y el taleguillo fueron enviados á M. Hartopp por la mañana temprano. M. Hartopp era un hombre que madrugaba mucho.

Pero olvidamos á Sofía. El cuarto de la niña daba al poniente y los rayos del sol no podian penetrar en él: en la casa reinaba el mas profundo silencio, porque los niños se habian marchado al trabajo; de modo que, cuando por fin pudo sacudir el sueño y separó de sus azules ojos las trenzas de sus cabellos, miró al rededor y se creyó que era temprano todavía. Sin embargo, cuando se levantó y separó las cortinillas de la ventana, se avergonzó de su pereza al ver el sol ya muy alto en el horizonte. Volvióse entonces y lo primero que vio fué la carta encima de la silla. Al verla se puso extremadamente pálida y dejó escapar un suspiro. Algunos minutos se pasaron antes de que se atreviera á tomar la carta; algunos otros trascurrieron antes de abrirla. Una vez róto el sello, la leyó silenciosamente y sin lanzar un sollozo, pero sus lágrimas caian una á una sobre el papel. Lo que la niña sentia no era un pesar egoísta al verse sola y entre personas desconocidas; era un dolor que no podia reprimir al pensar en el pobre anciano que caminaba solo, errante, sin medios, al acordarse de su fingida alegría, de su noble sacrificio... esto es lo que desgarraba el corazon de Sofía. Sin embargo, despues de haber llorado algun tiempo, besó la carta con veneracion, y luego dirigió al cielo las oraciones que le habia enseñado el infeliz Waife.

Poco á poco se fué quedando tranquila y las huellas del dolor fueron borrándose lentamente de su agraciada fisonomía.

— Sí, dijo, debo obedecerle: no debo tener miedo; quiero estar buena y fuerte, quiero que sepa que he seguido sus consejos y que he tenido ánimo para esperarle. Siete dias pronto se pasan.

La esperanza, que nunca abandona por mucho tiempo el corazon de los niños, brilló en el de Sofía, á la manera que los primeros rayos del sol iluminan un paisaje que pocos momentos antes se hallaba envuelto entre las sombras del crepúsculo.

Cuando bajó al piso inferior, Mrs. Gooch se quedó sorprendida al observar la plácida sonrisa que vagaba en los labios de la niña y la tranquilidad con que, despues de saludarla cariñosamente, le preguntó si tenia algun trabajo que darla, ayudándola desde luego en los quehaceres domésticos en que se hallaba ocupada. Hablaba poco, pero lo comprendia todo al instante y todos sus ademanes respiraban bondad y dulzura.

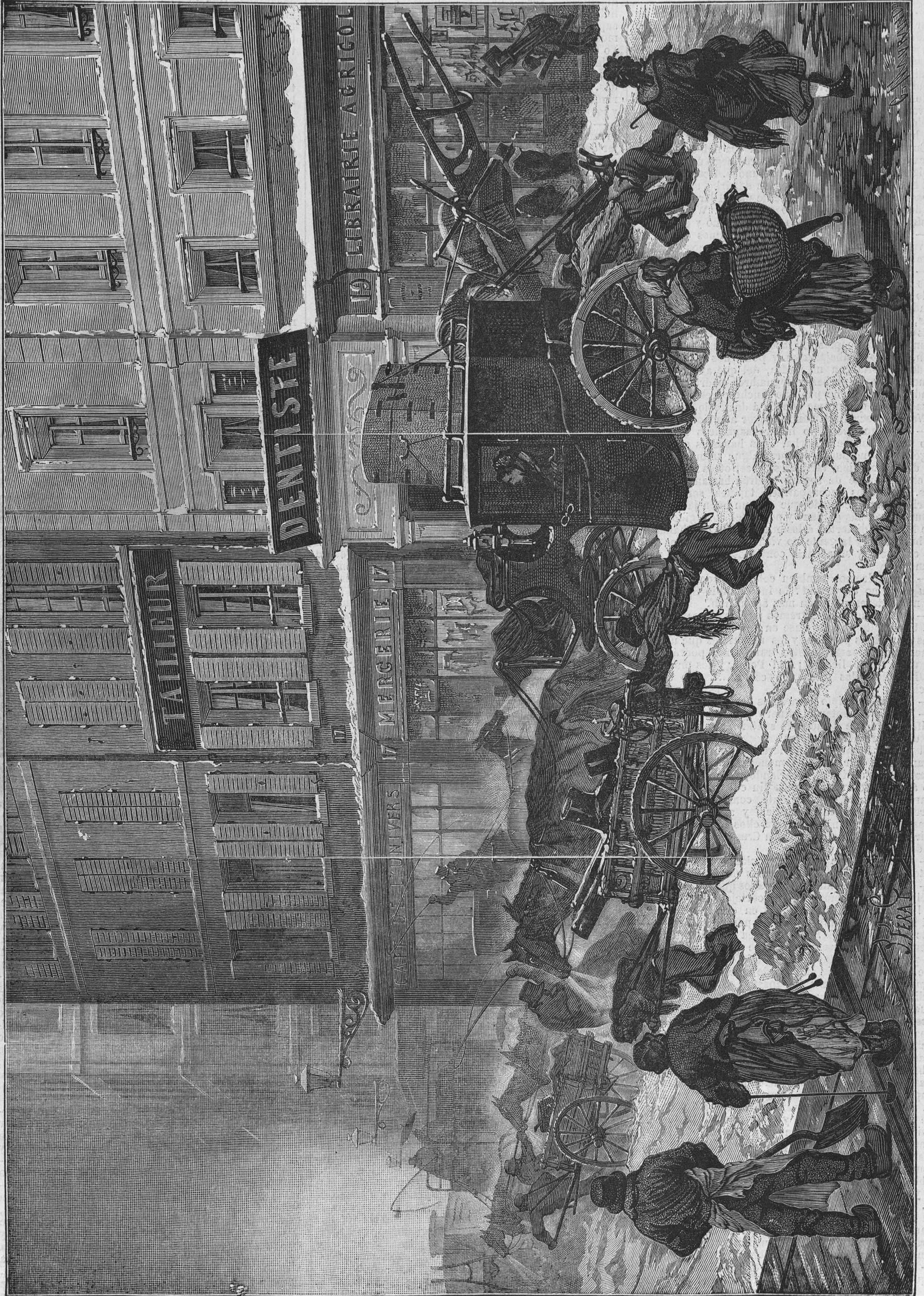
— Me alegro de veros así, despues de la marcha de vuestro abuelo, y no triste como el buen señor temia.

— Me ha dicho que no esté triste, contestó Sofía con serenidad, aunque con un ligero estremecimiento de labios.

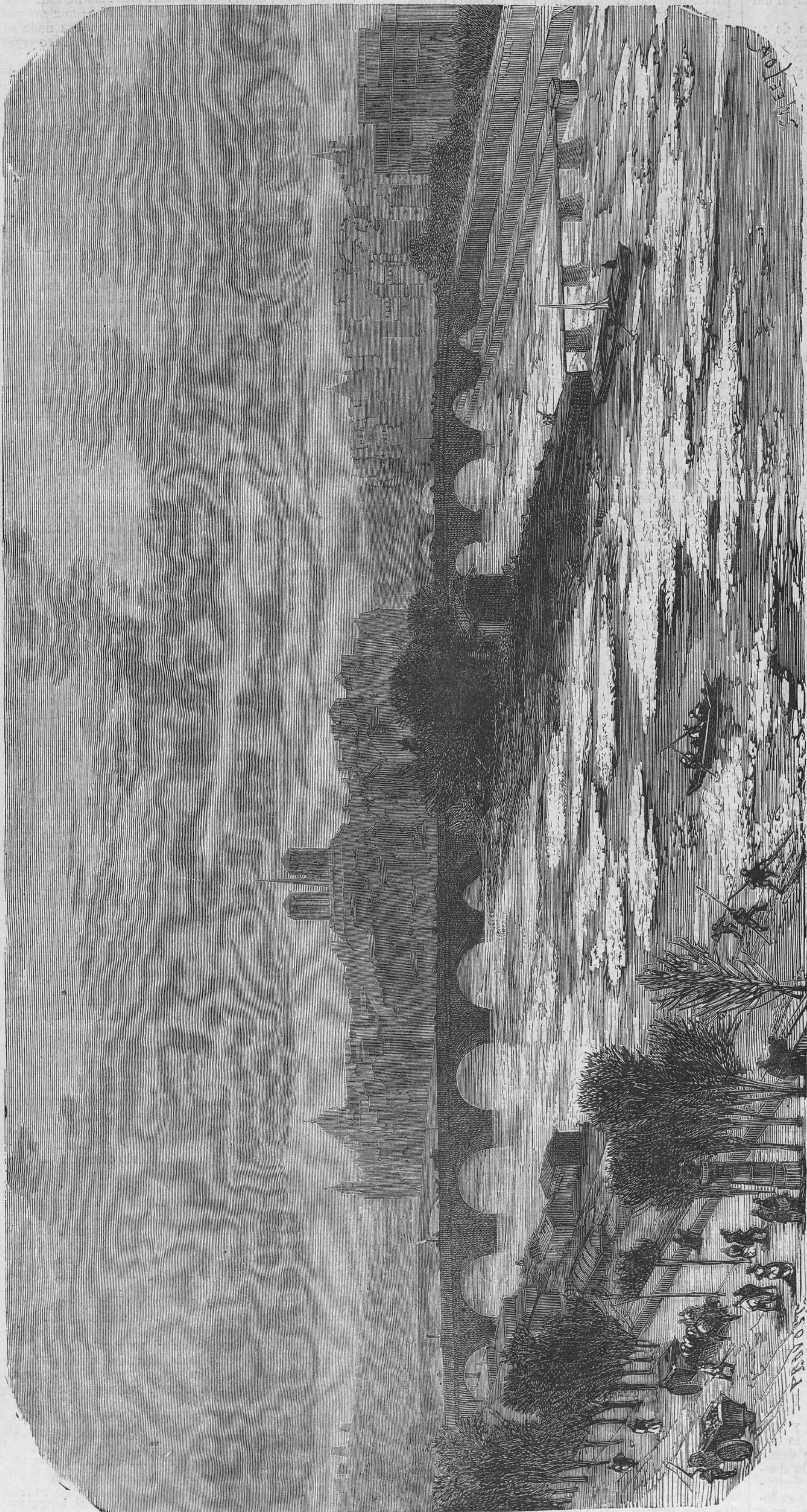
Cuando fué medio dia y el calor no dejaba ocuparse en las faenas de la casa, Sofía preguntó tímidamente á Mrs. Gooch si tenia algun lienzo y algunas agujas que dejarle, y en cuanto tuvo lo que pedia, se marchó al jardin y sentándose al pié de un árbol se puso á trabajar tranquila y solitaria.

Lo que daba ánimo en su desgracia á aquella tierna criatura, era su profunda fe y sus arraigadas creencias. Sofía confiaba en Waife, en el porvenir, en la Providencia, en su propia niñez, y no se creia desamparada. Al paso que sus delicados dedos trabajaban en el estambre, formando graciosas labores, su imaginacion vagaba por el campo de los sueños, representándola la casita donde habian de ir á vivir, y á Waife con su pipa sentado en un cómodo sillón bajo un risueño cobertizo cuajado de olorosa madreleña. Y una vida así, por modesta que fuera, le parecia tan dichosa, tan honrada, que no la humillaria el encontrarse otra vez con Lionel, porque entonces no se ruborizaria, no se sentiria avergonzada, y aunque sus posiciones fueran tan diferentes, como su abuelo decia, no obstante, aun podian estar juntos como antes lo habian estado, y al pensar esto aceleraba el movimiento de sus dedos, á sus labios asomaba una dulce sonrisa, y entonces un nuevo cuadro de ventura se presentaba á su imaginacion. Su abuelo, Lionel y ella, los tres amigos y dichosos, vagaban por la orilla de un arroyo, hermoso como el Támesis, y cuyas márgenes estaban adornadas con frondosos árboles.

Una barquilla se deslizaba suavemente por su superficie, y los tres entraban en ella dejándose llevar ¿quién sabe dónde? A su lado iba el anciano y frente por frente iba Lionel, mirándola con sus cariñosos y expresivos ojos. De pronto la niña se estremece, aplica el oido y escucha el áspero chirrido de los goznes de una puerta que se abre; luego oye pasos. Se levanta temblando... un ruido confuso de voces llega primero á su oido; ya se perciben mas distintamente, es una voz extraña, una voz de hombre; luego conoce la del corregidor, y por último, una tercera, dura y chillona, que la hace retroceder aterrorizada. Es una voz terrible que la niña ha oido en su infancia, y lleva á su memoria crueles escenas de maldad y miseria. Sin embargo, no puede creer que sea la voz que ella piensa. ¡Es imposible! Las pisadas van acercándose por momentos. Quiere huir, y retrocede hasta ocul-



EL INVIERNO DE 1871. — Aspecto de una calle de Paris en los dias 7 y 8 de diciembre.



EL INVIERNO DE 1871. — El deshielo del Sena.

tarse detrás de un árbol. De pronto ven sus ojos espantados cruzar ante ella dos sombras y se queda muda, sin movimiento, fascinada como un pájaro á la vista de una serpiente.

— Sí, señor corregidor, lo que yo decia. Es nuestra niña, nuestra querida Sofia. Por aquí, M. Losely. ¡Qué sorpresa para ti, encantadora niña! dijo Mrs. Crane.

FIN DEL LIBRO III.

(Se continuará.)

Los frios en Paris.

Los frios que hemos tenido en Paris en la primera quincena de diciembre, han sido verdaderamente extraordinarios. El termómetro del Observatorio descendió á 21°5 bajo cero en la noche del 8 al 9.

Tan baja temperatura no se ha experimentado desde el invierno de 1788 á 1789. El termómetro del Observatorio llegó entonces á 21°8 bajo cero el 31 de diciembre.

Hé aquí una nota de los mas intensos frios experimentados en Paris en el espacio de un siglo:

19°4 el 29 de enero de 1776.
 19°4 el 30 de diciembre de 1783.
 21°8 el 31 de diciembre de 1788.
 17°7 el 11 de febrero de 1816.
 19°0 el 20 de enero de 1838.
 21°6 el 9 de diciembre de 1871.

Lo que contribuyó á hacer mas penosa la situacion de los parisíenses fué la gran nevada que principió á caer el dia 7. Nevó con la mayor abundancia desde la una de la tarde hasta las ocho de la noche. Mucho tiempo hacia que no se habia visto tanta nieve amontonada en las calles. En los bulevares excéntricos, tales como los de Port-Royal, Arago, la Glacière, Enfer, etc., llegaba á una altura de cincuenta centímetros y hasta á la de un metro en ciertos puntos. Desde las cinco de la tarde quedó interrumpido el tránsito para los omnibus y los carros, habiendo quedado algunos de estos últimos abandonados en las vías de las afueras, donde han permanecido toda la noche. La circulacion llegó á ser aun mas difícil para las personas que iban á pié, varias de las cuales resbalaban, quedando hundidas en las espesas capas de nieve que cubrian las aceras.

Innumerables fueron las desgracias ocurridas en todo el dia 7. Al bajar un muchacho de unos quince años de edad por los escalones del puente de las Artes, se resbaló por el hielo y se fracturó el cráneo. Trasladósele á la farmacia de la calle de San Honorato. Madama Bomer, esposa de un alto funcionario público, se fracturó el brazo de resultas de una caída que sufrió en la encrucijada del Observatorio. Un empleado de correos se rompió la pierna á consecuencia de haberse caído en el acto de bajar de un omnibus. En la calle Monge un jóven de edad de veinte años se cayó de un primer piso y murió instantáneamente.

Varios caballos se desbocaron; otros se fracturaron las piernas.

Los cocheros guiaban sus carruajes con mucho tiento al dirigirse á sus casas, á pesar de lo cual no podian evitar que los caballos se resbalasen á cada paso.

El conductor de un coche de alquiler que no quiso moverse de su asiento cayó en el bulevar Saint-Martin. El caballo quedó tendido en el suelo y el cochero fué lanzado á una distancia de dos ó tres metros, recibiendo una herida grave en la cabeza y fuertes contusiones en los brazos, en las piernas y en el pecho.

El caballo se levantó por sí mismo y púsose á galopar. Detúvole con riesgo de la vida un municipal del distrito 10º.

En el bulevar Magenta otro cochero cayóse de su asiento, quedando gravemente herido. El caballo, que tambien se habia caído, levantóse y echó á correr desbocado, habiendo al fin podido detenerle un guardia municipal.

Otra desgracia de la misma naturaleza ocurrió en el bulevar Pereire. Cayóse el caballo de un coche, y el cochero, que tambien cayó, hundióse dos costillas y destrozóse la palma de la mano derecha.

Los guardias municipales se distinguieron mucho practicando numerosos actos de abnegacion. Uno de esos decididos sostenedores del órden, llamado Thine, al pasar por la calle Paradis-Poissonniere acudió en auxilio de un anciano que iba á caerse, lo cual impidió, pero teniendo la mala suerte de caerse él y fracturarse la pierna derecha.

En la mañana del día 8, á las siete, ha sido encontrado en medio de la calle un hombre sin sentidos. Tenia al parecer unos cuarenta años de edad. Se habia roto la pierna derecha y abierto la cabeza en el lado derecho.

En la calle de Galande, un peon de albañil que llevaba en la cabeza su gabeta con yeso y varios instrumentos de albañil, resbalóse fracturándose la pierna derecha.

A cosa de las seis de la tarde una señora se cayó cerca de la plaza del Havre.

Las mujeres en especial sufrieron muchas desgracias al pasar por entre la nieve y el hielo. Al parecer, la moda de llevar los tacones altos y estrechos contribuye á que sean mas frecuentes las caídas.

La nieve que se acumula en la suela de los botitos forma luego una masa de hielo que hace imposible conservar el equilibrio, debiéndose á esta circunstancia las muchas desgracias ocurridas en los bulevares y en las aceras de las calles mas frecuentadas.

En el campo, la nieve ha caído aun con mas abundancia que en la ciudad. En la mañana del 8 gran número de casas se hallaban materialmente bloqueadas por la nieve, habiendo sido menester abrir paso entre la nieve para poder abrir las puertas.

Muchos son los caminos que quedarán intransitables hasta que se haya derretido la nieve.

No se recibió ningun correo.

El 8 los mercados centrales estaban tan faltos de provisiones, que presentaban un aspecto tan triste como el que ofrecian en los peores días de la época del sitio.

El siguiente día, 9 de diciembre, fué mas desastroso todavia, á causa del extraordinario rigor del frio, siendo mayores las desgracias ocurridas en dicho día en el campo que en el interior de Paris.

Un conductor llamado Delgrand, dedicado al servicio de las Mensajerías imperiales de Paris á Longjumeau y que recorria ese trecho dos veces á la semana, fué encontrado muerto de frio dentro del carruaje en el camino de Orleans. Los caballos se detuvieron, y como los habitantes de una casa inmediata viesan que nadie bajaba del carruaje, se acercaron á él y encontraron al conductor acurrucado y con el látigo en la mano en actitud de estar dormido, y al tratar de despertarle observaron que estaba sin vida y helado.

Un viajero le habia encontrado una hora antes en el camino de Bourg-la-Reine delante de una taberna, tomando un vaso de aguardiente para calentarse, según dijo. A no dudarlo el aguardiente contribuyó en gran manera á su muerte, pues que nada es mas contrario en invierno á la conservacion del calor natural como el uso de bebidas alcohólicas en general y del aguardiente en particular.

Por fin, en los días posteriores la temperatura se suavizó, la nieve convirtió á las calles de Paris en lagunas, y las aguas del Sena arrastraron la costra de hielo que durante una semana habia hecho sólida la superficie del rio.

R. S.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 990).

— Os lo diré todo, respondió el anciano riendo. Perdonad, pero me gusta veros tan impaciente; eso me indica que no habeis perdido la energia.

— ¿Consiente en hacer la declaracion que puede salvarme?

— No, respondió el ciego con tono resuelto y volviendo hácia él su rostro. No; voy á contaros lo que sucede. Ha estado á las puertas de la muerte desde que perdió á su querido hijo... ha permanecido desmayada no sé cuánto tiempo. Fui á verla á un hospital, y me presenté, salvo vuestro permiso, en la cabecera de su cama. Nuestra conversacion no fué muy

larga; estaba la pobre señora muy débil, y por otra parte, habia allí tanta gente, que no pudo hablar con toda libertad. La dije sin embargo, todo lo que habiamos acordado, y la hice comprender en términos convincentes y enérgicos la situacion del hijo por quien tanto se interesa. Trató de enternecerme; pero como se lo declaré categóricamente y terminantemente, era trabajo perdido. Entonces se puso á llorar y á gemir como acostumbran á hacerlo siempre en tales casos las mujeres. De pronto, hé aqui que recobra como por encanto su fuerza y su voz para decirme que se ponian ella y su hijo bajo la custodia de Dios, que queria apelar al cielo contra nosotros... y os aseguro á fe mia que lo hizo en un lenguaje tan patético que daba gusto oírlo. La aconsejé como amigo que no contase demasiado con un auxilio tan lejano, la recomandé que lo pensase mucho y lo consultase con la almohada, la dejé las señas de mi casa diciéndola que estaba seguro de que me enviaria á buscar al día siguiente, y me separé de ella cuando se desmayó ó hizo que se desmayaba.

Después de este ameno relato que interrumpió de vez en cuando para romper y comer á sus anchas algunas nueces, de que parecia tener el morral lleno, el ciego sacó de uno de sus bolsillos una botella, se echó un buen trago, y se la ofreció en seguida á su compañero.

— ¿No quereis? dijo sintiendo que Rudge rechazaba la botella. Como gustéis. Ese caballero que está á vuestro lado no se hará de rogar quizás tanto. ¡Eh! ¡buen mozo!

— ¡En nombre del infierno! exclamó el asesino deteniéndole por la manga, ¿no me direis lo que debo hacer?

— ¿Lo que debeis hacer? No hay nada mas fácil, una pequeña excursion de dos horas á lo mas, cuando cierre la noche con el hijo de aquella señora, que no desea otra cosa, porque le he catequizado por el camino, y alejaos de Londres tanto como podais. Me enviareis á decir dónde estais, y yo me encargo de lo demás. Será preciso que ella venga tambien con vosotros. No creo que se resista por mucho tiempo, y en tanto, respecto á las probabilidades de que os echen el guante, pensad que no tan solo se ha escapado un preso de Newgate sino trescientos. Esto debe tranquilizaros.

— Pero es preciso que no perezamos de hambre. ¿Cómo lo haremos?

— ¿Cómo? dijo el ciego, comiendo y bebiendo. ¿Y cómo se ha de comer y beber? Pagando. Es decir que lo que os falta es dinero ¿no es eso? ¡Dinero! Las calles están llenas de dinero. Seria en verdad lástima que hubiese acabado la bullanga, porque es una preciosa ocasion, una ocasion de oro, como se ven pocas, para pescar en agua turbia con solo bajarse y abrir y cerrar las manos. ¡Eh! buen mozo, ¿quieres beber? Ven, bebe. ¿En dónde estais?

Mientras proferia estos gritos con tono pendenciero que manifestaba su completa confianza en el desórden general y en la licencia que reinaba en todas partes, se dirigió á tientas hácia el cobertizo donde Hugo y Bernabé estaban sentados en el suelo.

— Toma, dijo dando la botella á Hugo. Por las calles de Londres corre á estas horas el vino y el oro como el agua, hasta las fuentes no manan mas que aguardiente y guineas. Toma, y echa un buen trago.

Hugo, aunque rendido de cansancio, sucio, con la barba crecida y llena de hollin y sebo, los cabellos pegados con sangre seca, la voz casi apagada y no hablando mas que con la garganta, la piel horripilada por la fiebre y todo el cuerpo cubierto de heridas y contusiones, tuvo sin embargo bastante fuerza para tomar la botella y llevársela á los labios.

Estaba bebiendo cuando oscureció de pronto la entrada del cobertizo una sombra.

Era Dionisio que apareció entre ellos y dijo con tono burlon en el momento que Hugo cesaba de beber para mirarle con ceño de pies á cabeza:

— ¿Vengo á molestaros, señores? ¡Hola! ¿Bernabé aqui contigo, compañero? ¿Cómo va, Bernabé? ¡Y tambien estos otros dos caballeros! Vuestro humildísimo servidor, señores. Supongo que no vengo á estorbar. Si tal supiera, me alejaria de vuestra agradable compañía.

A pesar del tono amistoso y de la expresion de confianza con que pronunciaba estas palabras, se veia que experimentaba cierta indecision en entrar y que le gustaba mas quedarse fuera. Iba vestido con mas aseo de lo que acostumbraba, pero era el mismo traje abotonado hasta el cuello, aunque llevaba en este un corbatín de mal agüero de color amarillento y en las manos guantes de piel como los usan los hortelanos cuando se dedican á sus trabajos. Sus zapatos estaban muy lustrosos y adornados con un par de hebillas de acero brillantes, habia renovado los cordones de las rodillas de su calzon corto, y á falta de botones, llevaba el vestido prendido con alfileres. En una palabra, tenia el aspecto de un cochete ó de un mozo de casa de comercio muy tronados, pero celosos aun de conservar las apariencias de su papel oficial y dándose tono.

— Estais magníficamente aqui, dijo Dionisio sacando del bolsillo un pañuelo largo y arrugado que mas que pañuelo parecia una soga y estregándose la frente con toda su fuerza.

— Pero no estamos tan magníficamente, respondió Hugo de mal humor, cuando nos habeis encontrado.

— Eso merece una explicacion, amigo, y te la voy á dar, dijo Dionisio con sonrisa muy halagüeña. Cuando

quieras que no sepan adónde vas, no ates semejantes cascabeles al cuello del caballo. ¡Ah! los he oido bastante la noche pasada para no olvidarlos; aun me parece que los tengo en el oido. ¡Pues no era nada el estruendo que hacias con aquellas cadenas! Pero vayamos al asunto. ¿Cómo estais?

En tanto se habia acercado hasta arriesgarse á sentarse á su lado.

— ¿Cómo estoy? respondió Hugo. Decidme antes qué hicisteis ayer. ¿Adónde fuisteis cuando salisteis de la cárcel? ¿Por qué os separasteis de nosotros? ¿Qué queriais dar á entender cuando salisteis de la cárcel? ¿Qué queriais dar á entender cuando me mirábais de aquella manera y me amenazábais con el puño?

— ¡Amenazarte... á tí... á un amigo! dijo Dionisio conteniendo la mano que Hugo acababa de alzar con ademán nada amistoso.

— O con el palo; es lo mismo.

— ¡Con el palo! ¿Qué estás diciendo? Si no llevaba palo. Veo que no me conoces. Casi casi estoy tentado á creer, añadió con el tono quejoso de quien se ve objeto de una calumnia, que llegaste á figurarte porque te pedia que dejases en la cárcel á aquellos miserables que iba á desertar de nuestra bandera.

— Pues bien, sí, me lo figuré, respondió Hugo acompañando sus palabras con una espantosa blasfemia.

— ¿No lo decia? exclamó Dionisio con tristeza. Veo que ya no hay amigos ni confianza en el mundo. ¡Desertar de nuestra bandera, yo, Dionisio, como me llamé mi padre cuando me bautizaron!... ¿Es tuya esta hacha, amigo mio?

— Sí, es mia, dijo con el mismo tono de mal humor, y hubierais sabido lo que pesa si os hubiese hallado en mi camino esta noche. Dejadla en el suelo.

— ¡Si lo hubiera sabido! dijo Dionisio sin dejarla y examinando con ademán distraído si tenia buen filo. ¡Yo lo creo! Tambien trabajaba yo entonces en otras calles. Pero ya se acabó... ¡Cómo ha de ser! Consolémonos del mejor modo posible. ¿Y ni siquiera te acuerdas de ofrecerme un trago? ¿Tan resentido estás?

Hugo le entregó la botella.

Cuando Dionisio se la llevaba á los labios, Bernabé dió un salto, y encargando el silencio, miró hácia fuera con expresion de alarma.

— ¿Qué sucede, Bernabé? preguntó Dionisio observando á Hugo y dejando caer la botella, pero no el hacha que tenia aun en la mano.

— ¡Silencio! dijo Bernabé en voz baja. ¿Qué veo brillar detrás de aquellas matas?

— ¿Qué sucede? gritó el verdugo con toda la fuerza de sus pulmones y sujetando al idiota y á Hugo. ¿Son soldados?

Al mismo tiempo el cobertizo se llenó de gente armada, y una partida de caballería llegó á galope al través de los campos.

— Estos son, señores, dijo Dionisio que los soldados habian dejado libre después de apoderarse de Hugo y Bernabé, los dos jóvenes cuyas cabezas ha puesto á precio el bando. Aquel otro es un criminal fugado... Lo siento en el alma, amigo mio, añadió con tono resignado dirigiéndose á Hugo, pero la culpa es tuya, pues me has obligado á dar este paso. Ya sabes que no quisiste respetar los mas firmes principios constitucionales, y que has tratado de violar y conmover hasta los cimientos de la sociedad. Te juro por mi honor que hubiera dado cualquiera cosa porque no hubieses hecho tantos excesos.. Si quereis, señores, tenerle sujeto, creo que me encuentro en el caso de atarle sólidamente, porque tales quehaceres corresponden á mi oficio.

Sin embargo, esta operacion se suspendió durante algunos momentos á causa de un acontecimiento inesperado.

El ciego, cuyo oido era mas perspicaz que los ojos de muchas personas, se habia alarmado antes que Bernabé al oír un rumor sospechoso detrás de los arboles al abrigo de cuyas ramas iban avanzando los soldados. Así pues, habia emprendido inmediatamente la retirada para ir á ocultarse detrás de unas matas durante algunos minutos, pero habiéndose equivocado sin duda en medio de su turbacion al salir del escondite, se hallaba á cuerpo descubierto corriendo al través de la llanura.

Un oficial dijo en seguida que le conocia y que le habia visto la noche anterior ayudando á saquear una casa, y le mandó en voz alta que se parase.

El ciego corrió entonces con una velocidad increíble, y dentro de algunos segundos iba á hallarse á una distancia bastante lejana para no temer las balas; pero se dió órden de hacer fuego y los soldados desaparecieron.

Hubo un momento de profundo silencio en que todos comprimieron el aliento y tenian la mirada fija en el fugitivo.

Le vieron estremecerse en el momento de la descarga como si tan solo le hubiera intimidado el estruendo, pero no se habia parado, y continuó por el contrario corriendo, aunque con menos rapidez, hasta unos cien pasos mas allá.

De pronto, sin vacilar, sin dar el menor indicio de debilidad ó de estremecimiento, cayó al suelo como si fuera de plomo.

Corrieron algunos soldados hácia el sitio donde estaba tendido.

El verdugo les acompañaba.

Todo esto sucedió con tal rapidez, que el humo no se habia desvanecido enteramente y serpenteaba aun

en el aire en una leve nubecilla que hubiera podido tomarse por el espíritu que acababa de entregar el difunto y que desertaba de su cuerpo con solemne pausa.

Solo encontraron algunas gotas de sangre en la yerba, y algunas gotas mas debajo de su cuerpo cuando le levantaron para examinarle... El ciego Stagg era cadáver.

— ¡Qué gracia! ¡qué gracia! dijo el verdugo doblando una rodilla para inclinarse hacia el cadáver y mirando á los soldados con expresion de desconsuelo y reproche. ¡Qué gracia!

— Apartaos de ahí, dijo el oficial. Sargento, registrad el cadáver.

El sargento volvió hacia fuera los bolsillos del ciego, los vació en la yerba y encontró, sin contar algunas monedas extranjeras y dos anillos, cuarenta y cinco guineas en oro. Envolvieron este dinero en un pañuelo, y dejaron allí el cadáver con un sargento y seis soldados encargados de trasportarlo á la aldea mas inmediata.

— Podedis retiraros ya, dijo el sargento á Dionisio dándole una palmada en el hombro é indicándole el oficial que se dirigia al cobertizo.

A lo cual contestó únicamente el verdugo:

— Os prohibo que me habléis.

Y al mismo tiempo repitió moviendo la cabeza con dolor:

— ¡Qué gracia!

— Segun parece, sentís la muerte de este hombre. ¿Os interesaba mucho? dijo el sargento con sonrisa sarcástica.

— ¿Y á quién podia interesar mas que á mí? repuso Dionisio.

— No sabia que fuerais tan tierno de corazon, dijo el sargento.

— ¡Tierno de corazon! repitió el verdugo, ¡tierno de corazon! Mirad este cadáver. ¿Creéis que es constitucional lo que habeis hecho? ¿No veis que lo habeis traspasado de parte á parte de un balazo en vez de ejecutarlo como á un buen inglés? El diablo me lleve si sé ahora quién tiene razon, pues veo que vosotros valeis tanto como ellos. ¿Qué va á ser del pais si el poder militar se permite usurpar así las atribuciones de las autoridades civiles? ¿Qué habeis hecho de los derechos del ciudadano, de este pobre hombre, nuestro semejante, privándole del privilegio de tenerme á mí á su lado para asistirle en sus últimos momentos? ¿No estaba yo aquí? Mi mayor deseo era servirle, y estaba dispuesto á ejercer mi oficio en toda regla. A este paso, veo que va á introducirse el mas horrible desorden en el pais, y que muy pronto tendrán que llorar todos los buenos ingleses la pérdida de las leyes constitucionales.

Tal vez encontró en su pesar algun consuelo atando á los demás presos.

Lo creemos al menos.

Sea lo que quiera, cuando el oficial le mandó que desempeñase su cargo, tan grata ocupacion pareció distraerle por entonces de sus penosas reflexiones dando á sus pensamientos un giro que le hacia concebir halagüeñas esperanzas.

No se llevaron los tres presos juntos, porque los soldados se dividieron en dos partidas. Bernabé y su padre partieron por una senda al través de los campos en medio de un peloton de infanteria, y Hugo, bien atado sobre un caballo, siguió otro camino con una buena escolta de caballeria.

No tuvieron ocasion de hablar durante el breve intervalo que precedió á su partida, porque el oficial mandó desde luego que los separasen para que no pudieran comunicarse. Únicamente Hugo advirtió que Bernabé marchaba cabizbajo en medio de los soldados, y que al pasar por delante de él levantó en señal de despedida la mano cargada de cadenas, pero sin dirigirle una mirada.

Sin embargo, Hugo no desmayó durante el camino, porque estaba persuadido de que el populacho iria á forzar la cárcel adonde le llevarán para ponerle en libertad; pero cuando entraron en Lóndres, y particularmente en Fleet-Street, cuartel general del motin dos dias antes, y vió los soldados ocupados en perseguir á los últimos fugitivos, conoció que era vana su esperanza y que marchaba á la muerte.

LXX.

Dionisio habia llevado á cabo su empresa sin peligro ó daño alguno personal, y como volvia á disfrutar de la seguridad respetable de la vida privada, le ocurrió la feliz idea de ir á pasar una hora ó dos de conversacion con las damas. Con esta amable intencion dirigió sus pasos hacia la casa donde Dorotea estaba aun secuestrada con la señorita Haredale, y á la cual habian trasladado tambien á la interesante Miggs por orden de Simon Tappertit.

Al pasearse á lo largo de las calles con sus guantes de piel cruzados á la espalda y el rostro animado por la grata alegría que le inspiraban sus felices cálculos, Dionisio podia compararse con un arrendador que medita sobre sus ganancias futuras en medio de sus sembrados y que goza por anticipacion de los abundantes beneficios de la Providencia. A cualquiera lado que se volviese veia montones de ruinas que le prometian

ámplias y ricas ejecuciones; la ciudad entera parecia como una llanura donde algun genio benéfico habia preparado los surcos con el arado y sembrado la semilla fecundada por el tiempo mas propicio, y solo le quedaba ya el trabajo de recoger una magnífica cosecha.

Al tomar las armas y al asociarse á los actos violentos que se habian cometido con el grandioso y sencillo objeto de conservar á Old-Bailey toda su pureza y al patibulo toda su utilidad primitiva así como toda su grandeza moral, seria tal vez aventurado afirmar que Dionisio hubiese considerado y adivinado de antemano resultados tan satisfactorios. Habia considerado mas bien el negocio como una de esas bellas combinaciones de la suerte cuya ley impenetrable es resultar en honra y provecho de personas distinguidas como él; se sentia personalmente privilegiado en esta madurez próspera de la cosecha prometida al cadalso, y nunca se habia felicitado tanto de ser el favorito, el niño mimado del Destino, y nunca habia gozado de tanta tranquilidad de espíritu y virtuosa confianza.

Es de suponer que Dionisio rechazaba lejos de su mente como una idea tan absurda como quimérica el que pudieran prenderle tambien como perturbador y castigarle como á los demás, pues se decia que la conducta que habia observado en Newgate y el servicio que habia prestado en aquella ocasion protestarian con sobrada razon contra todos los testimonios que pudieran establecer su identidad como cómplice del motin. Si por una casualidad algunos de los que harian revelaciones, viéndose en peligro, llegaran á descubrir su complicidad, seria su testimonio de muy escaso valor, y aun cuando se descubriera, que era lo peor que podia sucederle, alguna de las leves indiscreciones que habia cometido, la utilidad mayor que nunca de su profesion y los pedidos considerables que iban á presentarse en tropel para el ejercicio de su cargo contribuirían á que los jueces tuvieran indulgencia y lo echasen todo al olvido.

En una palabra, habia desempeñado su doble papel con mucha destreza, habia virado de bordo en la ocasion mas oportuna, habia entregado dos de los insurgentes mas notables y además un criminal distinguido, y estaba tranquilo, muy tranquilo.

Una circunstancia le causaba sin embargo algun recelo, privándole de gozar de una dicha completa. ¿Quién duda que en el cielo mas sereno hay siempre una nubecilla que mancha su cristalina transparencia? Esta circunstancia era el secuestro de Dorotea y de Emma en una casa inmediata á la suya.

¿Cómo era posible desvanecer las sospechas que recaerian sobre él si llegaban á descubrirlas? Porque era indudable que una vez puestas en libertad, declararían contra él y le pondrian en un aprieto del cual no podria salir sin verse expuesto á los mayores peligros.

¿Las pondria en libertad despues de arrancarlas el juramento de que guardarian el mas religioso secreto?

Pero ¿cumplirian un juramento impuesto por medio de la fuerza?

La consideracion del peligro que presentia sobre este punto habia reemplazado tal vez en aquel momento en el ánimo del verdugo su deseo de tener un rato de conversacion con las damas, de modo que á cada paso que daba maldecia de todo corazon los amorosos ardores de Hugo y de Tappertit.

Cuando entró en el miserable aposento donde las tenia encerradas, Dorotea y Emma se retiraron en silencio al rincon mas lejano, pero la preciosa Miggs, que era muy quisquillosa en materia de reputacion, se postró de rodillas y principió á exclamar con exagerados ademanes de desconsuelo:

— ¿Qué va á ser de mí, Dios santo? ¿En dónde está Simon? ¡Tened piedad, caballero, de la debilidad de mi sexo!

Y prorumpió en otras lamentaciones no menos patéticas que lanzaba con un pudor y un decoro que la honraban en extremo.

— Señorita, señorita, le dijo Dionisio al oido haciéndole una seña con el dedo índice, venid aquí; no trato de haceros mal alguno. Venid aquí, cordera mía.

Al oír este tierno epíteto, Miggs, que habia suspendido sus gritos para escucharle mejor cuando desplegó los labios, volvió á gritar á mas y mejor:

— ¡Oh! ¡cordera suya!... ¡Me llama su cordera! ¿Por qué soy tan desgraciada? ¿Por qué no nací vieja y fea? ¿Por qué hizo de mí el cielo la mas joven de seis hijas, difuntas todas y que descansan en su sepulcro bendito, á excepcion de mi hermana casada que vive en la plaza del Leon de Oro, número 26, segunda campanilla á...

— ¿No os he dicho que no queria haceros daño alguno? dijo Dionisio presentándole una silla para que se sentase. Vamos, señorita, calmaos: ¿qué hay?

— Preguntad mas bien qué es lo que no hay, dijo Miggs cruzando las manos en laagonia del dolor. ¿Qué hay? ¿qué hay? Mucho.

— Os digo por el contrario que no hay nada, que no debeis temer, repuso el verdugo. Calmaos; dejad esos inútiles arrebatos y venid á sentaros á mi lado. ¿Me hareis este favor, paloma?

(Se continuará.)

Francia pintoresca.

USOS Y COSTUMBRES DE LA BAJA BRETAÑA.

(Conclusion. — Véase el N° 990.)

En todo estado de civilizacion avanzada los ejercicios corporales ocupan menos puesto en la vida social. Con efecto, de dia en dia la actividad se hace mas interior, si no mas intelectual. Empero el aldeano breton está muy lejos todavia de nuestras refinadas costumbres; es como un niño ardoroso y sencillo que se complace en jugar con la fatiga, y que busca emociones hasta en el dolor. Las luchas de hombres, las carreras de caballos, son sus diversiones favoritas, y estos juegos conservan en los campos un sello original y un carácter verdaderamente primitivos.

En la parte montuosa de la Bretaña todo el mundo tiene la pasion del caballo. El pobre tiene su montura lo mismo que el rico. El origen de las carreras de caballos en la Bretaña se pierde en las tinieblas del pasado.

Las antiguas poesias nacionales mencionan un rey breton que no sabiendo á quién dar la preferencia entre todos los jefes que solicitaban la mano de su hija propuso una carrera de caballos, siendo la bella Leonor el premio de la carrera.

Posteriormente, en la época de los duques de Bretaña, la recompensa del vencedor consistia en cadenas de oro y mantos de armiño. Hoy se reduce á una rama de laurel que atan con un lazo de cinta á la cabeza del caballo victorioso; pero la honra de semejante distincion les basta á los bretones. La recompensa se encuentra principalmente en la sonrisa de las jóvenes, en los aplausos de la multitud y tambien en el orgullo de una victoria comprada á costa de verdaderos peligros.

Es preciso haber presenciado esas carreras para saber lo que son. El espacio que se debe recorrer, es unas veces un camino duro y pedregoso, otras un pantano, otras un sendero resbaladizo y desigual que serpentea por entre las rocas y al borde de los precipicios, y hay ocasiones en que todas estas dificultades y peligros se encuentran reunidos.

El número de los corredores es variable: son dos, son veinte y mas todavia.

El caballo breton que emplean en estas carreras campestres, es pequeño y de miembros delgados; pero su cabeza es viva, su ojo ardiente, su casco redondo y bien configurado: se alimenta fácilmente, es duro para el trabajo é incansable á la carrera.

En cuanto se da la señal, los que van á tomar parte en la lucha se precipitan en la arena en medio de los gritos y los aplausos de los espectadores. Dócil á la espuela del jinete, asido á sus largas crines, corren y saltan por torrentes y barrancos sin que nada detenga á los jinetes, tal confianza tienen en la seguridad del caballo y tal es su afección de alcanzar la victoria.

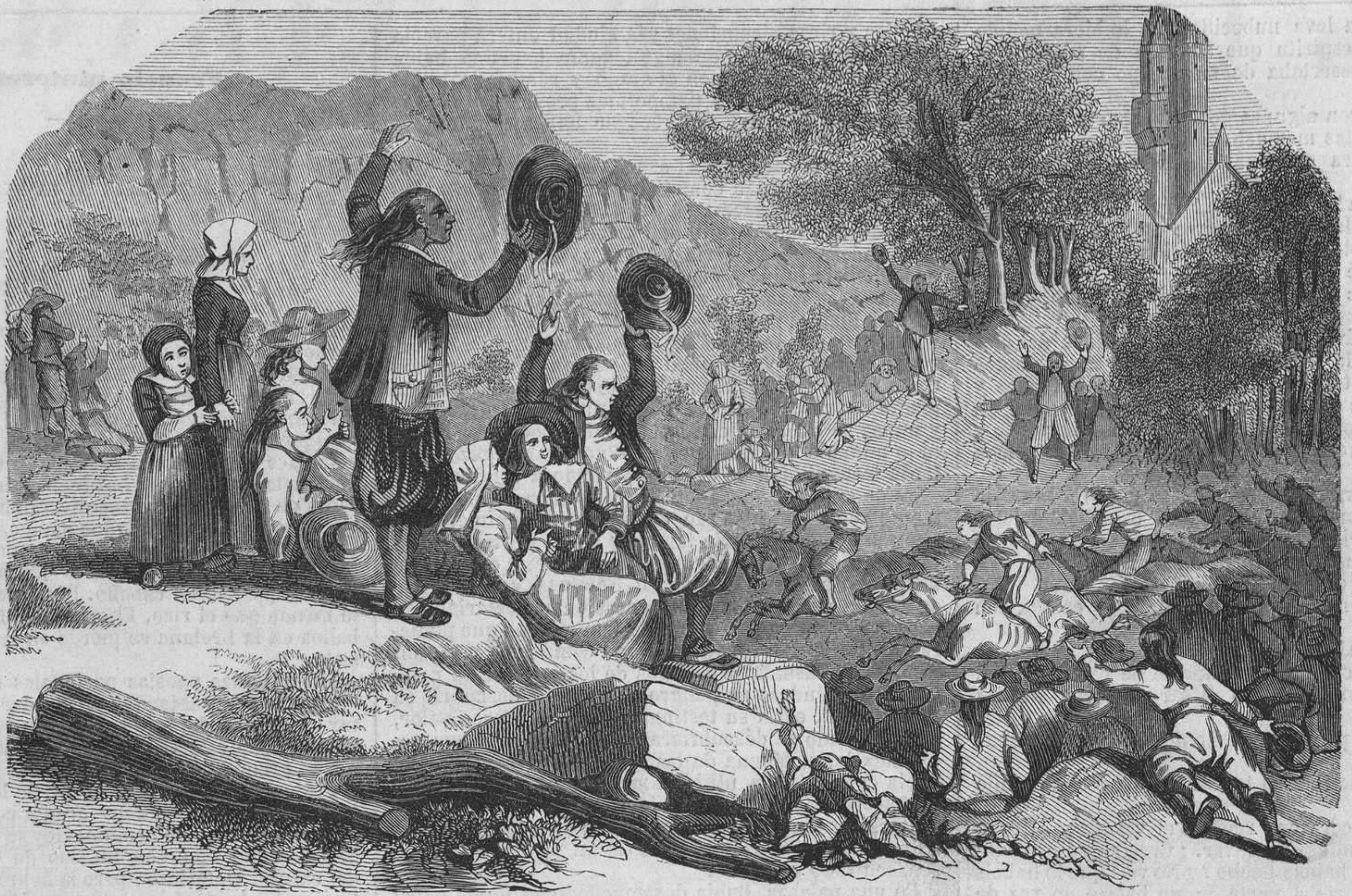
Los vencedores son objeto de las felicitaciones y de la admiracion de la multitud: los abrazan, los obsequian, y cuando la victoria es completa, siempre hay algun Píndaro que perpetúa el recuerdo en sus rimas, que muy luego se hallarán en la memoria de todas las muchachas del canton.

La rama de laurel, prenda de la victoria, será tambien preciosamente conservada por el vencedor y como una santa reliquia quedará colgada en la campana de la chimenea entre el ramo bendito y la escopeta de cazador.

Las luchas se efectúan principalmente en el pais llano en los obisposados de Leon y de Treguier, y son unas veces entre hombre y hombre, otras entre pueblo y pueblo. En este último caso se llaman *soules*. Antiguamente eran frecuentes; pero á medida que se calmaron las rivalidades locales fomentadas por el feudalismo, han venido á ser mas raras. Tambien los muchos accidentes que producian contribuyeron á hacerlas caer en desuso.

Con efecto, en esos combates ardientes, en los que toman parte centenares de hombres, si no quedaba siempre algun muerto en el campo, habia seguramente muchos estropeados. Otro inconveniente era que casi siempre habia dificultades para decidir á quién correspondia la victoria. Se empujaban y combatian una gran parte del dia y solia llegar la noche sin que el globo que era el objeto y el premio de la lucha, pudiese adjudicarse sin contestacion á uno de los dos partidos. El globo era un glorioso trofeo para el pueblo victorioso. Los vencedores le llevaban en procesion el primer domingo despues de la lucha; hoy se contentan con colgarle del campanario de la parroquia como un testimonio del valor de los habitantes de la aldea.

Las luchas de hombre á hombre son aun muy frecuentes, y se anuncian muchas semanas en todos los pueblos circunvecinos. A la salida de la misa mayor, el alcalde ó el síndico, de pié sobre la pared del cementerio, publica en alta voz la importante noticia. El circo se forma en un prado ó en una era, y el recinto reservado á los luchadores se marca con una cuerda sujeta á gruesos maderos. Pero esta seria una frágil



Usos y costumbres de la Baja Bretaña. — La carrera.

barrera contra la curiosidad excitada del inmenso concurso de espectadores, y por eso han inventado un medio ingenioso de contener á la gente.

Hay en la baja Bretaña una clase de hombres despreciados por todos y que se desprecian también lo bastante para hacerlo todo por dinero. Son los sastres, cuyo nombre no se pronuncia jamás sin añadir: *salvo vuestro respeto*, como si nombraran á un animal inmundado. Eligen pues, cinco ó seis sastres, que armados con una sartén muy tiznada por fuera, dan vueltas al circo sin cesar y con su terrible instrumento tocan á los mas adelantados sin consideración á sus ropas de fiesta y los obligan á retroceder en medio de los bravos irónicos y de las risas de la asamblea.

En medio del circo se sientan en el suelo las notabilidades del pueblo y algunos luchadores ancianos, jefes del campo. También se suelen ver gendarmes á caballo manteniendo el buen orden.

Los luchadores están descalzos y su única vestidura consiste en un pantalón y una camisa nueva de lienzo toscó. Cuando se hallan en presencia dos atletas, avanzan el uno hácia el otro y se saludan pegándose recíprocamente en la mano. Juran que no han apelado á brujas ni á sortile-



Usos y costumbres de la Baja Bretaña. — La lucha.

gios y prometen combatir lealmente. Empeñada la lucha tratan de sorprenderse, de entrelazarse, y entonces se ve un asalto de fuerza y de astucia, una pelea ardiente y encarnizada. Por todas partes resuenan los gritos de los espectadores que interpelean á los luchadores por su nombre, y les recuerdan que tienen que sostener el honor de su parroquia, la gloria y la fama de su aldea. Muy luego las ropas hechas añicos caen al suelo y aparecen los hombros desnudos de los atletas con la marca enrojecida de la mano del enemigo.

La lucha dura como una hora, pues para que la victoria sea completa es preciso que uno de los dos campeones haya logrado tender á su rival dos veces de espaldas, de modo que con los dos hombros toque á la tierra. Cuando los aplausos del público han saludado al vencedor, este toma por uno de sus cuernos al carnero que es el premio de su victoria y precedido de los músicos, da tres vueltas al circo enseñando el trofeo.

Hay luchas en que se cuentan mas de cien combatientes. Muchos hacen este oficio por especulación; pero sin embargo, hay rios labradores que entran en la arena solo por la emoción de la lucha, por el único placer de la victoria.

R. S.